

CAPÍTULOS GRATUITOS

Las 13 leyes

Gabriel Terán Ruíz

DIOS ES EN TI, COMO EN MÍ, LA EXPRESIÓN SUPREMA

GABRIEL TERÁN RUIZ

NOTA DEL AUTOR:

Nada de lo que a continuación cuento, me pertenece. Es tan solo experiencia de vida, solo información adquirida de otra gente y de algunos sueños. Ni siquiera el argumento principal «las doce leyes» es de mi invención. Tampoco es mérito expresarlo, pues lo hago torpemente, solo se salva mi intención. Escribiré con la sana intención de ser útil a los demás, mas líbrame, señor, de la vanidad.

PRÓLOGO

En un mundo donde el Estado de bienestar había llegado hasta el más recóndito lugar, sus habitantes, en su conciencia, deciden la empresa de exportarlo al resto del universo. La intención es buena, solo quieren ayudar a otros mundos en desarrollo para que alcancen el equilibrio con el menor sufrimiento posible.

Rangil es el Maestro Felicidad del segundo cuadrante, su vida había sido un ejemplo de armonía. Desde su niñez, solo tenía que recordar y aplicar todo lo que le había sucedido en los demás seres, él sabía toda la teoría, solo tenía que llevarla a la práctica.

Nacido en el continente europeo hacía casi medio siglo, en una familia de clase media y en una sociedad donde casi todo el mundo lo era, recibió de sus padres y hermana, nueve años mayor que él, todo el cariño y atención de forma natural, sin tener que destacarse. La bondad, por tanto, había sido herramienta suficiente para conseguir lo que quisiera en la vida. ¿Quién mejor que él que no conocía el rencor ni la maldad para la tarea

de expandir la felicidad por doquier? Sin embargo, siempre hay un «pero», pues todos venimos a este mundo a aprender, sobre todo aquellos a los que infligimos la responsabilidad de llamarlos maestros.

LAS DOCE LEYES

1. Oiré sin juzgar
2. Opinaré sin aconsejar
3. Confiaré sin exigir
4. Ayudaré a los seres que me encomienden, sin decidir por ellos
5. Cuidaré de su bienestar sin anular su voluntad
6. Confortaré sin asfixiar
7. Animaré sin empujar
8. Sostendré sin hacerme cargo
9. Protegeré sin mentiras
10. Estaré a su lado sin invadirles
11. Conoceré y aceptaré sin intentar cambiar
12. No pretenderé, no forzaré, no perseguiré empresa alguna, solo por beneficio propio.

Por supuesto, él sentía hasta en lo más profundo de su alma que la felicidad era el camino como si no hubiera podido desempeñar el papel que le había sido encomendado. Rangil era sabio, la esencia de su alma era la bondad y, en su intención, nadie ni nada podía esperar de él algo negativo, creía fervientemente en su misión y tenía la firme decisión de llevarla a cabo.

LA LLEGADA

El mundo en cuestión se llamaba Nova16, algo más pequeño que la Tierra. Era el primer planeta de un sol también algo menor y contaba con tres satélites: el mayor, de los cuales no sobrepasaría la mitad de la superficie de la luna terrestre; su órbita elíptica presentaba también al planeta en inclinaciones diferentes así cuando en el norte era verano, en el sur invierno. Al ser más pequeño, la rotación total sobre sí mismo duraba solo

veintitrés horas. Rangil sabía que nada de esto era por casualidad. El arquitecto de este sistema planetario, seguramente, sería el mismo que el del suyo o, por lo menos, de la misma escuela. Diferentes formas de vida con distintos estados de consciencia habitaban su espacio terrestre, que ocupaba ambos polos separados por un gran mar que abarcaba el ecuador y un meridiano a cada lado, nada más llegar, oyó.

EL POBLADO DEL NORTE

Sikandro estaba en su última fracción del turno de vigilancia cuando vio la estela del navío. Sus pensamientos sobre su amada Elba fueron dolorosamente sustituidos por la alerta en su mente. Él sabía que la rapidez era esencial y, raudo, raspó la lámina de sonido: un chirrido escalofriante salió de inmediato del metal y llenó el aire de todos los habitantes del pueblo, hasta el punto de que muchos sintieron cómo sus pulmones hiperventilaban en busca de aire más puro. Solo pasaron cinco décimas, pero a Sikandro le pareció una eternidad, Krull y Roma aparecieron los primeros. A lo lejos se intuían varias siluetas, había que empezar a actuar rápido. Sikandro, como estaba en su turno de vigilancia, ya tenía la coraza puesta, algunos vendrían de sus casas y también la llevarían otros que estaban realizando sus tareas. Deberían cogerlas del puesto de guardia, tal vez, no hubiera tiempo para esperar a los segundos. Así que en cuanto fueron más de diez totalmente equipados, cogieron las cuerdas y se dirigieron a la playa.

Ellos siempre llegaban de noche y había que impedir que llegaran al campo y se esparcieran por la comarca, ya que el daño podía ser enorme.

—Krull, coged a la mitad y esconderos en las rocas de la izquierda, tú, Roma, a la derecha. Yo me quedaré al frente, parece que es un solo barco y no muy grande, podremos hacerlo.

Para entonces, el velero casi triangular ya llegaba a la playa. Nada más al tocar la arena, sus ocupantes comenzaron a desembarcar atropellándose, pero de uno en uno, era imposible saber cuántos serían.

—¡Ahora! —gritó Sikandro y los atolondrados anguijanos sintieron como de ambos lados monstruos negros y sin ojos se abalanzaban sobre ellos y los inmovilizaban, pero seguían bajando y no había brazos suficientes.

A trompicones, uno logró abrirse paso, solo para encontrarse con el látigo de Sikandro que le abatía con destreza; otro más y usó la cuerda para atarlo. Mientras lo hacía, varios le habían sobrepasado y se aproximaban al fondo de la playa en busca del sendero. Al mismo tiempo, otras figuras negras se apresuraban a llegar donde ellos; algunas con la coraza sin poner totalmente. El fragor de la lucha. Rompió la oscuridad con gritos y alaridos de ambos bandos por doquier. Un anguijano enorme lanzó a Roma por los aires y corrió hacia la ladera.

—¡Que no escape! —gritó Sikandro y varios brazos intentaron detenerle sin éxito.

La nave dejó de expulsar su río de vida. Solo cuando los gritos se convirtieron en jadeos se apercibieron de la figura tendida a medio vestir entre los suyos. Cancho ya no respiraba cuando fueron a atenderlo. Una hendidura dejaba escapar un chorrito de sangre en la base del cuello, todos lo contemplaron con tristeza, pero, además, la responsabilidad hizo que la mente de Sikandro pensara: «Si hubiera visto la nave antes».

La caravana parecía un funeral, agotados y abatidos, empujaban a los anguijanos capturados, que se movían torpemente debido a sus ataduras. Cuando llegaron al poblado, decenas de antorchas lo alumbraban, sus mujeres e hijos los esperaban ávidos de noticias sobre la batalla. Al ver el cuerpo inerte que portaban, el pánico apareció en el rostro de varias mujeres que se acercaron nerviosas para luego apartarse en silencio. Solo Luna permaneció al lado del caído mientras varias manos la apoyaban desde atrás.

—¿Qué ha sucedido, Sikandro? —inquirió el viejo Coba.

—Era una noche sin lunas. Vi la nave demasiado tarde, Cancho no tendría que haber actuado sin terminar de ponerse la cubrenegra. No tuvimos tiempo de planificar nada, de hecho, uno de los anguijanos escapó. Ha sido un desastre, lo siento —contestó Sikandro, mientras balbuceaba.

—Que todos los niños entren en sus casas —dijo Coba a las mujeres—. Encerraos hasta que sea de día. Roma, Krull, ya sé que estáis cansados, pero tendréis que avisar a los otros poblados, mañana empezaremos la búsqueda, meted a los anguijanos en el recinto, podrán aguantar una noche sin agua ni comida.

Una especie de iglú de piedra les esperaba por una estrecha entrada donde solo cabían de uno en uno. Los anguijanos fueron soltados e introducidos sin resistencia; si había miedo en sus corazones, no lo mostraron; si había rabia, a nadie importaba, como si la resignación se hubiera hecho dueña de la noche.

El cuerpo de Cancho fue llevado a su cabaña de madera, donde sería velado por su mujer e hijos durante toda la noche. Algunas figuras permanecieron en la entrada, vigilantes. El resto decidió encerrarse en sus casas. Había que descansar, les esperaba un largo día. Guimel ya estaría, para entonces, en su puesto de vigilancia, no era probable que llegara otro navío porque lo habrían hecho juntos, pero tampoco imposible.

OIRÉ SIN JUZGAR

Rangil no juzgó, no lo hizo porque no había ningún herido entre los invasores y porque no hubo histeria entre la gente ante la muerte de uno de los suyos. No juzgó porque esos seres capaces de luchar con tanto ahínco se resignaban tan fácilmente. En lugar de juzgar, actuó. Desde la consola de su nave programó un rayo de energía relajante sobre la casa del difunto para las próximas cinco horas. Para Sikandro tenía otra idea, un foco de inducción para cuando estuviera dormido: soñaría con algo útil que le haría sentirse mejor mañana.

La sala de ejercicios de la nave medía 2x4. «Es un desperdicio», le dijeron cuando solicitó ese espacio a cambio de renunciar a un salón y un dormitorio más amplios, pero para Rangil era muy importante ese momento de conexión mente-cuerpo. Como hacía habitualmente, comenzó por los cinco katas de Heian despacio, sintiendo cada movimiento, concentrándose en la respiración. Siendo consciente, reconocía cada parte de su cuerpo y le agradecía su capacidad de movimiento de ser y de estar. Era el momento en que su mente, que todo controlaba y decidía, dejaba a su cuerpo expresarse. Era una mezcla de placer y dominio. Se sentía fuerte, dinámico. Su energía fluía libremente, depurando cada músculo, con Bassai Dai acrecentó su ritmo, pero completando cada movimiento; con Kankudai se hizo una fiera salvaje a la caza de su presa. Sudaba por cada poro de su cuerpo, pero se sentía limpio, su mente solo albergaba paz, nada le preocupaba. El éxtasis dio paso a la relajación y después de una ducha de aire cien veces filtrado se dispuso a degustar su cena. Todos los productos tenían la forma y el sabor de los originales que él recordaba, pero no quería pensar como conseguía hacerlos el dispensador de alimentos. Se limitó a elegir del amplio menú algo ligero y sabroso que le permitiera irse pronto a dormir.

Cuando comía acompañado y embargado en una conversación, prefería disfrutar de ello, pero ahora, en soledad, se concentró en cada bocado sintiendo su sabor y, como alimentaba su cuerpo, sabía que así su estómago se preparaba para hacer su función y la digestión sería rápida. Aunque tenía películas y libros en su nave, no necesitaba ninguna distracción, era espectador directo del más maravilloso espectáculo, la vida. Programó, por tanto, tres horas de sueño en su mente, la limpió de todo pensamiento, hizo una respiración profunda y se quedó dormido al instante. Rangil era en parte un rebelde, aceptaba y disfrutaba de la tecnología de su mundo, pero desde niño no quiso ser dependiente de ella. Así que el inductor de sueño permaneció desconectado, del resto ya se encargaría Esperanza, su OC personal.

Despertó desperezándose lentamente, estiró sus extremidades, mientras permanecía en la cama, sin incorporarse echó un vistazo fuera, aún no había amanecido, así que aprovechó para incorporar a su nuevo día a todos sus seres queridos: uno a uno los iba saludando. Uno a uno los visualizó felices, recordándolos en algunos momentos vividos con él. Y luego, la imagen de su padre prevaleció: un hombre inquieto, un inventor que había encontrado, en el trabajo, el sentido a su vida. «No podemos controlarlo todo —le decía—, las posibilidades de este mundo son como el cauce de un río y la vida como las aguas que lo colman. Podemos jugar a hacer presas para tener nuestras necesidades cubiertas durante un tiempo, podemos retener el agua en nuestras manos para contemplarla y saciar nuestra sed, pero al igual que el río, siempre buscará fluir hacia el mar. Nosotros debemos dejarnos llevar por la vida hacia nuestro destino, podemos parar a deleitarnos un tiempo en lo que nos agrada y luego, más tarde, a sufrir su pérdida, pero no en exceso, pues la vida nos aguarda con nuevos retos, nuevas vivencias que experimentar. No gastes tu energía tratando de tenerlo todo colocado, pues cada día es toda una vida y a la mañana siguiente te darás cuenta de que nada está en su sitio. Sé útil para ti y para los demás, pero no detengas en su camino a los otros para tu deleite. Disfruta de los que están en tu mismo camino, deja que el río siga su cauce, pues todo aquello que pretendas se volverá contra ti».

Abrió los ojos al presente para darse cuenta de que el sol del planeta preparaba ya su tarea diaria de alumbrar las vidas de animales y hombres. Las plantas giraban sus hojas en

pos de él, ávidas de la luz que las enverdeciera y la tierra vibraba ligeramente, despezándose al paso de sus rayos.

VARIOS LLEGAN, UNO SE VA

Antes de que los mayores llegaran al poblado, la pira funeraria ya estaba preparada. Los padres de Cancho habían sido avisados al amanecer solo para dar el último adiós al cuerpo de su hijo. La madre de Luna se acercó a la cabaña para abrazar a su hija, todos los habitantes del poblado estaban allí, algunos de otros vecinos también. Nadie se apercibió de que una nave de otro mundo colgaba del cielo a cinco mil metros de altitud.

Coba no era ni el más viejo ni el más sabio, solo el elegido para dirigir las tareas durante ese ciclo lunar, cuando el cuerpo de Cancho estuvo sobre la madera entretejida, Coba habló:

—Hoy es un día triste para todos, pues a partir de ahora cuando hablemos con Cancho, no podremos escuchar sus comentarios al respecto, no podremos oír sus bromas ni sus enseñanzas y eso es una gran pérdida. Él compartió con nosotros todo lo que había aprendido, especialmente, sus hijos: Dancho y Una son tan hábiles como él en numerosas tareas, pero nos perderemos la perfección que habría alcanzado en ellas. Ahora está al otro lado. Sabemos que cuidará de nosotros, que vigilará nuestros campos y hogares, y a cambio, permanecerá en nuestros recuerdos, en nuestras vidas cotidianas. Su familia más próxima lo llevará siempre, pero los demás hablaremos de él y con él, aceptando su silencio hasta que vayamos al otro lado y nos diga qué tal lo hemos hecho. Le honraremos disfrutando de todas las cosas que hizo, haciendo próspera esta ciudad que él ayudó a crear. Luna, Dancho, Una, todos os querremos un poco más para mitigar su falta.

Terminó diciendo a los más jóvenes:

—A mediodía, cuando las principales tareas estén concluidas, practicaremos el juego de Boo alante boo atrás que a él tanto le gustaba.

Cuando solo quedaron cenizas, uno a uno cogió un puñado con sus manos y las esparció por los lugares que a él más le gustaban. De esta forma, ocupó mar y tierra por doquier.

Todos hubieran preferido perderse por la comarca pisando los pasos de él, pero había tareas que no podían esperar. Coba, muy a su pesar, empezó por organizar la salida de los anguijanos. La primera en salir fue una hembra joven asustada y cegada por la repentina luz, con firmeza, pero sin rudeza la condujeron a una especie de pila llena de agua. Su mano extendida mostró el agujón de unos tres centímetros de longitud que portaba en su dedo más pequeño. Por lo demás, aparte de su indumentaria sucia y raída, no se diferenciaba de la gente del poblado. Cuando una especie de cuchillo apareció ante sus ojos, no pudo evitar un alarido que ensombreció los corazones de los sianos y heló el de los anguijanos. No había tiempo para remilgos, mientras cuatro manos sujetaban su brazo, Sikandro lanzó un certero golpe que cercenó el agujón desde su base separándolo de donde había nacido. Rápidamente, envolvieron el dedo con una gran hoja de la planta que poblaba cada rincón

del lugar y la muchacha fue conducida al lugar donde varias mujeres esperaban arrancándose partes de cabello e introduciéndolos en burdas agujas de hueso pulido. Mientras ellas cosían la herida abierta de la chica, otros anguijanos fueron pasando por el mismo periplo, al final, veintitrés entre hombres y mujeres fueron introducidos en una amplia cabaña rectangular de gruesas paredes de madera y diminutas ventanas. Constaba de una sola estancia, varias literas de tres alturas que ocupaban las paredes y una gran mesa en el centro de apenas cuarenta centímetros de altura. Eran los únicos muebles en una esquina, un retrete y una pila con desagüe estaban separados por una cortina de tiras de corteza seca, el suelo era de arena de playa y el alto techo un tillado de madera cubierto con finas losas grisáceas. Por la rampa que salvaba el profundo foso que la rodeaba y que estaba enfrente de la pieza movable que servía de entrada les hicieron llegar comida, agua y utensilios de limpieza.

Poco antes de que el sol llegara a su cenit, varias figuras jóvenes de ambos sexos se habían concentrado en el centro del poblado, Caba daba las últimas instrucciones a la que inequívocamente era una partida de caza, armados con cuerdas y látigos esperaban impacientes que terminara los consejos, que por haberlos oído cien veces no escucharon ahora tampoco. Por fin, el grupo se dirigió a la playa.

Todos sabían seguir rastros, pero Una, que era especialmente hábil en ello, se erigió de manera natural en guía. Nadie osó hacer ningún comentario al respecto, ya en el acantilado, no resultó difícil seguir las únicas pisadas recientes que se adentraban tierra adentro. La ausencia de lluvia y viento habían dejado intacto un desdibujado sendero en la hierba.

Las palabras de Sikandro sacaron de su ensimismamiento a Elba, que se encontraba a su lado:

—Esta noche apenas he podido conciliar el sueño, pero cada vez que caía en un duermevela, aparecía la misma imagen: una serie de cuerdas entretrejidas que eran lanzadas por unos seres similares a nosotros, pero de extraña vestimenta, hacia raros animales. Estas los cubrían y quedaban atrapados.

—Pobres animales —contestó Elba—. Debieron haberlo pasado muy mal.

—Sí —respondió él—. Intentaban zafarse y lo único que conseguían era enredar sus patas entre las cuerdas. Parecía cruel, por eso no entiendo qué hacía ese sueño en mi mente.

—Todo es por una razón —le recordó ella—, quizás Sika quería mostrarte algo y no la entendiste.

—Sí, debo de ser un estúpido, solo un estúpido habría dejado que ocurriera la catástrofe de ayer.

A Elba no se le ocurrió ningún consuelo apropiado, así que dejó que su silencio llenara el espacio.

Un sonido de ramas rotas alertó a la comitiva, Elba, que manejaba el látigo desde los cinco años, aunque quizás menos fuerte, no se sentía menos hábil que Sikandro. Pero como sabía que a él le gustaba protegerla, se colocó a su espalda rozándole con sus pechos. Al sentirlo, una energía de bravura hizo que Sikandro se hinchara a lo ancho y a lo alto, la determinación apareció en su rostro, no importaba lo grande y fuerte que fuera el anguijano, él solo podría con él sin problemas. Así de seguro se sentía, un cuerniblanco

salió tímidamente de la maleza extrañado de la expectación que causaba mientras Sikandro, al igual que los demás, se desinflaba en un suspiro que liberaba la tensión acumulada.

Más adelante, asistieron con congoja al espectáculo de los restos de un corredorpinto, no había duda, el anguijano había pasado por ahí. El cadáver estaba consumido, sin vísceras y sin una gota de sangre en su cuerpo, aún estaba caliente según pudo comprobar Una, así que el fugitivo no andaría lejos.

Mientras tanto, en el poblado, varios niños se arremolinaban en torno a Coba, que protegía entre sus brazos una esponja marina envuelta en una fina cuerda que le hacía adoptar forma de bola. Ansiosos por empezar, ya habían dibujado en la tierra dos rectángulos, Coba los dividió en dos grupos, se colocaron uno en cada rectángulo y comenzó el juego. Coba lanzó la bola al medio y los pequeños saltaron en pos de ella. Cuando la bola lanzada por un bando impactaba en uno del otro sin que consiguiera agarrarla antes de tocar el suelo, el niño muerto en el juego pasaba al otro lado detrás del rectángulo del equipo contrario y seguía jugando.

Cuando le llegaba una pelota de esta forma, el equipo que teóricamente iba ganando se veía, al final, rodeado por contrarios, por tanto, los que estaban en inferioridad en el mundo visible eran apoyados por los del otro lado, con lo cual la lucha se equilibraba. Todos trataban de permanecer en el rectángulo el mayor tiempo posible, pero ser tocado no era una tragedia, pues seguían participando. El juego terminaba cuando un equipo perdía la diversidad, es decir, cuando en él solo quedaban niños o niñas, el ganador era el que conservaba, al menos, una pareja, pero el juego solo terminaría cuando los alevines de sianos fueran llamados por sus madres a la hora de la comida. Por eso, Coba delegó en otro adulto la supervisión del juego mientras se disponía a recibir noticias de los delegados de sus vecinos. En el poblado del este, Ahondra había tenido una hija y en el del oeste habían descubierto la manera de conservar el pescado por mucho tiempo empleando sal.

—Ya lo tengo —dijo Sikandro—, tejiendo una malla con los hilos bien juntos podremos ponerla sobre nuestros sembrados y así protegerlos de las aves. El sol, el aire y la lluvia pasarán, pero no los pájaros, así no comerán nuestras plantas ni nuestras semillas.

Elba, que comprendió el alcance de tal descubrimiento al instante, se alegró doblemente por las connotaciones que para su pueblo tenía y porque fuera su admirado Sikandro el que lo descubriera. Con un eufórico beso, dejó a Sikandro para hacer partícipes de inmediato a sus amigas Sundra y Gona, que se apartaron del grupo al verla llegar exultante portando noticias.

Al tiempo, escucharon los sollozos, el fornido anguijano yacía revolcándose en llanto, solo, desvinculado de su grupo y sin objetivo lloraba la pérdida de su mundo. Un aluvión de sentimientos nuevos le invadía, la contradicción le acercaba a la locura, en tal medida que se dejó hacer, recibió como una bendición que los sianos lo maniataran. La impotencia le permitía rendirse, ya no era dueño de un destino que no podía controlar.

Retornaron por el mismo camino para recoger los restos del corredorpinto que llevaron al poblado, aunque su carne era inservible, su piel sería utilizada. La partida de caza se había convertido ahora en un grupo de jóvenes que volvían a casa con resaca después de una fiesta, por todos era ya conocida la invención de Sikandro y estaban deseando llegar a su hogar para contárselo a los mayores, tal vez fuera la idea de uno, pero todos se sentían orgullosos de ella.

Fue alivio lo que primero sintieron los pobladores al ver al anguijano entre los suyos, el anguijano sintió alegría al encontrarse en la gran cabaña con sus congéneres después de pasar el ritual de anguicesión.

Casi siempre, los herbívoros heridos o viejos elegían las cercanías del poblado para pasar sus últimos días, ya que los humanos los alimentaban y cuidaban. La rica flora del planeta, unida a la falta de depredadores naturales hacía que la fauna fuera próspera y abundante, a veces, demasiado para la seguridad de los sembrados de los sianos que tenían que protegerlos con empalizadas, pero, a cambio, recibían el regalo de su carne. Los animales heridos o viejos solían morir a sus pies, pero, de todas formas, los sianos mantenían un seguimiento de ellos.

Ese día, un joven arador herido y un viejo corredor rojo habían muerto. Los responsables de este asunto en ese ciclo lunar, después de arrancarles colmillos y cornamenta, habían preparado sus pieles, apartado sus huesos y cocinado su carne. Esa noche, todos cenarían juntos, como lo hacían cada vez que el tiempo lo permitía y no existía peligro en los alrededores. Una pareja con un bebé, en tránsito hacia otra aldea, también se uniría al convite.

—Gracias Co, gracias Cre, os agradecemos nos entreguéis vuestros cuerpos para nuestro alimento —dijo Coba—, los disfrutaremos con el máximo respeto.

Todos miraron al espacio vacío que en otro tiempo ocupaba Cancho entre su familia y cuando consideraron que él ya estaba entre ellos, se lanzaron a por las viandas. El asiento de Cancho permanecería libre durante seis lunas, por si él decidía ocuparlo, después de ese tiempo, si no lo reclamaba, se entendía que estaba plenamente integrado en el otro lado.

Después de los comentarios de reconocimiento habituales, de lo sabrosa que estaba la comida, el tema principal de conversación fue el descubrimiento de Sikandro, todos hacían ya planes para fabricarlo sin demora.

Terminada la cena, un poco agobiados, Sikandro y Elba se apartaron sigilosamente en pos de intimidad, contemplando el cielo estrellado se acurrucaron uno junto al otro en un abrazo de cariño. Ella pedía mimos con sus gestos y él, haciéndose un poco el duro, la rechazaba levemente para volverla a abrazar de inmediato. Elba descubrió la nueva estrella en el cielo, era menos brillante que las demás, pero perceptible, era extraña.

—Mira —dijo Elba señalando en su dirección—, es Can viajando hacia el cielo.

Era fácil amar a estos seres, era fácil ayudar y confortar, pero sería más complicado cumplir su misión, intuyó Rangil qué podía aportarle aparte de bienes menores que ellos encontrarían con el tiempo. «Quizás protegerlos», se preguntó. «Su intención cuando imbuyó el sueño en Sikandro, era dotarles de un arma de captura a distancia que permitiera someter a los anguijanos con menor riesgo», pero, al fin y al cabo, él solo podía dar ideas, la aplicación era del libre albedrío de Sikandro. Eso y el verse descubierto le hizo tomar la decisión de dirigirse al otro hemisferio al día siguiente.

Esa noche grabó: «Hemisferio norte habitado por seres humanoides de grado nueve. Respetuosos por la naturaleza y la vida; creen en la existencia de un alma dentro de ellos y en una vida posterior; en armonía con su entorno, en un lugar que parece paradisíaco sin depredadores ni parásitos. Primitivos en su cultura, no llevan adornos ni tienen esculturas, no adoran a ningún dios, aunque parecen reconocer su existencia. No se rigen por jerarquías importantes y reparten sus quehaceres con equidad. Según he podido observar,

no existen diferencias de atribuciones entre sexos y todos parecen conocer de igual modo las labores esenciales que realizar, los mayores viven apartados, aunque comparten su comida. Algunos vienen al poblado y a otros se les es llevada. No parecen tener conflictos con sus vecinos y dado su comportamiento con los que podríamos llamar invasores, dudo que existan rivalidades y mucho menos guerras en esta parte del planeta».

Después de su ritual de ejercicios, ducha y cena, programó en su mente siete horas de sueño. Estaba cansado. Ese día no se había perdido nada de lo que había sucedido, todo lo había vivido en directo, aunque las cámaras, por supuesto, grabaron todo lo que aconteció. Se había visto absorbido por la vida de estos interesantes sianos. Estaba encantado y emocionado, hasta el punto poco ético de que le hubiera gustado caminar entre ellos. De hecho, le dolía dejarlos tan pronto, pero sabía que su misión requería la observación del otro lado de este mundo y, con pena, intuía que la mayor parte de su trabajo allí se desarrollaría.

Al despertarse, esta vez, sus pensamientos se detuvieron en el recuerdo de su principal maestro, Tayiko, un oriental que no supo decirle qué le había llevado a dejar su tierra. Un día en que él le contaba su indecisión entre dos mujeres, Tayiko, como siempre, con la enigmática dialéctica propia de sus orígenes, le contestó: «No alborotes más ni tu camino ni el de los otros». Como muchas de sus enseñanzas, no lo entendió. Entonces, aunque sin mala intención, tuvo que hacerles daño a las dos y a sí mismo para aprender, pero era joven y la testosterona podía más que su bondad: una lo quería y se dejó querer, pero él pretendía a la otra.

Cuando por fin consiguió sus favores empezó a dudar, una cosa era perseguir un regalo y otra quedarte a vivir con él, sobre todo después de que lo has desenvuelto y te das cuenta de que es otra asignatura. Cuando al final reconoció los valores de la que lo quería, esta ya estaba harta de sus juegos; sus idas y venidas la habían agotado emocionalmente. Para evitar el dolor, había construido una coraza que la hacía insensible a él, por tanto, se quedó sin ambas y había revuelto su vida y la de ellas para nada. El único consuelo, las palabras de otro maestro: «Experimentar y equivocarnos es nuestra forma natural de aprender, si por temor no expresamos lo que sale de nosotros, entonces sí que estamos cometiendo un error». Desde aquel momento procuró, no siempre con éxito, no pretender, no pedir ningún deseo, que sabía él lo que era mejor.

Ya de día, no pudo evitar echar un último vistazo al poblado, para ver como una pareja de anguifanos era liberada, totalmente libres, deambulaban por el poblado sin saber qué hacer, Coba se dirigía hacia ellos.

Tenía que marcharse ahora o se pasaría otro día aquí, «no puedo permitir que sigan viendo a Cancho otra noche más, sería difícil de entender», se dijo a modo de ánimo.

Porque intuía que la mayor parte de su trabajo se realizaría allí no tenía prisa por llegar al otro hemisferio, así que su viaje fue lento. La disculpa, la observación del hábitat marino, como la tierra, el mar era rico en cantidad y en diversidad, peces y crustáceos diminutos de las costas contrastaban con los monstruosos cetáceos que pululaban por el océano, la cámara grabó con detalle la superficie y el infrarrojo, las profundidades. Serían bien recibidas estas imágenes por apasionados oceanógrafos y biólogos marinos de su planeta.

Ya en la costa, divisó lo que podía llamarse una gran ciudad en comparación con las aldeas del norte. Toda ella estaba amurallada, a sus pies una amplia y profunda bahía que se

adentraba en el interior en forma de río, el tamaño diminuto de los barcos que allí anclaban contrastaba con las enormes instalaciones portuarias. No pudo evitar pensar que aquel lugar había conocido tiempos mejores, rodeando la ciudad amurallada enormes campos de alineación impecable embellecían el conjunto con toda gama de coloridos. Casi en el centro de la ciudad, en un promontorio, destacaba un edificio de altas torres que terminaban en forma piramidal, en su cumbre ondeaban largos lazos de diferentes colores. Hacia allí dirigió Rangil su haz de búsqueda.

EL PUEBLO DEL SUR

Un hombre alto de enormes huesos, pero consumido en su delgadez, se sentaba enjuto en un sillón frente a una mesa revolviendo, que no leyendo, lo que parecían ser manuscritos. Unos golpes en la puerta de la amplia estancia precedieron a su apertura, una mujer altiva, pero a la que la congoja delataba como portadora de malas noticias, entró. Detrás de ella, cuatro anguijanos más de ambos sexos, todos juntos se aproximaron a la mesa donde se encontraba sentado Benradon.

—Aciagos días, Benradon, hemos perdido casi toda la cosecha de zaidas. Ha sido arrasada y quemada cuando ya casi estaba lista para ser recogida. En el mercado del este los ismistas han causado treinta y cinco muertos antes de ser abatidos y en Indala una granja ha sido saqueada y sus propietarios descuartizados —había dicho Adonai.

Jafar, ministro de la guerra, tomó la palabra:

—Tengo preparados veinte carros y doscientos andantes para hacer una incursión de castigo.

—Si esto era posible —habló Benradon hundiéndose en su asiento—, por fin, dadme una buena noticia, por favor.

La ministra de relaciones cívicas, creyéndose poseedora de una no tan mala decidió comentar:

—Varias familias del puerto dicen haber recibido la llamada y piden tu ayuda para construir un gran navío capaz de transportar a ciento cincuenta personas.

Con una aspiración profunda, Benradon se enderezó dispuesto a sacar de su debilitado organismo la energía para tomar las decisiones oportunas. No podía delegar en nadie su soledad, la determinación era lo que le había permitido llegar hasta ese día, eso y la responsabilidad, dejaría su vida en dignificar la confianza que en él había depositado su pueblo.

—Jafar, quiero que hagas un análisis de los suicidas y determines sus familias. Ve y destruye sus casas, pero deja que saquen sus pertenencias y, por favor, evita en lo posible heridos, que el ejército solo dispare para defender su vida.

»Yiza, diles a esas familias que no puedo ni debo ayudarles, ya conoces nuestra política de no intervención. No sabemos lo que les deparara en el lugar de donde nunca nadie ha

vuelto y no podemos facilitar la salida, precisamente, de la gente joven que tanto necesitamos. De hecho, si la ley me lo permitiera, intentaría detenerlos. Por favor, Adonai, dile al jefe del Vasaf que voy a salir.

Camuflado en las vestimentas que mejor disimulaban su delgadez y acompañado de su esposa y un quinteto de vasafs pulcramente uniformados, la comitiva presidencial se dispuso a dar moral de normalidad en el quehacer diario. Las casas de los ciudadanos empezaban a escasos cien metros de la de los mandatarios, partían en todas las direcciones separadas con anchas calles, las viviendas, todas de tres alturas, empezaban en tonos muy suaves que iban intensificándose con cada bloque. De esta manera, la primera empezaba en blanco y la última terminaba en negro pasando por toda la gama de grises; la hilera de enfrente lo hacía con un crema pálido para terminar en marrón oscuro y así toda la ciudad que se expandía en un abanico circular.

Era un día claro sin apenas nubes, así que, sin más dilación, comenzaron a andar, saludando a la atareada gente que se afanaba en mantener limpios sus hogares y aceras, otros, más adelante, reparaban el adoquinado de la carretera. Mientras saludaba sonriendo, la mente de Benradon repasaba todas sus acciones pasadas en busca del error, qué es lo que había hecho mal, se preguntaba, no hacía mucho tiempo los ismistas trabajaban en sus campos y en sus mercados llevándose lo que necesitaban para sus hogares a cambio, aunque con ciertos restos de desconfianza; inevitables debido a experiencias pasadas. Eran tratados con respeto y poco a poco habían ido exportando a otras zonas la misma calidad de vida que aquí disfrutaban, hasta el punto de construir otra ciudad casi tan grande como Janel, solo hubiera sido cuestión de tiempo que fueran autosuficientes como lo eran ellos mismos, pero entonces, otras ciudades más alejadas habían esparcido su veneno. El odio y el rencor de historias antiguas había anidado en las mentes más retrógradas e ignorantes, emponzoñando todo lo que tocaban, el aguijón había sido desenfundado otra vez y ya nadie podía sentirse seguro. Los que antes eran sus vecinos, se habían convertido en sus enemigos porque decían haber sido desposeídos de su tierra, con todos los lugares aún por descubrir en ese planeta, porque se empeñaban en destruir este diminuto lugar.

Cuando salió de sus divagaciones, se encontraba ya en el mercado del este. Nada parecía haber ocurrido allí, todo estaba pulcramente limpio y colocado, todos sabían lo que había que hacer, lo sucedido pasó y no era necesario crear más alarma, sobre todo para los más pequeños. No hacía falta que crecieran en el despecho, pero hasta cuándo podrían seguir así, el desánimo se estaba apoderando de la ciudad. Era una losa que hacía a esta gente de antaño orgullosa de su trabajo, andar cabizbajos, ser humildes era una virtud, pero estar humillados era algo que no podían permitirse.

De todas partes salieron personas a saludarle, no solía acudir allí a menudo, todos lo llamaban por su nombre; al que le ofrecía un abrazo, un abrazo recibía, la mayoría era consciente de su debilidad y simplemente le arrimaban su hombro. Benradon, que se encontraba al borde del agotamiento físico y emocional, aguantó como pudo el entusiasmo de la gente, hasta que su esposa, Jaicia, decidió que ya era suficiente y, disculpándose, le instó a que entrara en el vehículo tirado por cuernigambos que les había estado siguiendo.

Jaicia admiraba a su esposo y creía en la sana intención de sus propósitos, pero no veía con buenos ojos que se dejara la vida en ello, dentro de poco no sería útil ni para su pueblo ni para su familia. Ella, que se había criado en un zamut, trabajando después de sus estudios hasta el anochecer en las huertas y en el cuidado de los animales, sabía que uno

solo se podía ocupar de los demás cuando estaba sano y lleno de energía, que solo se podía dar de lo que uno no necesitaba para sobrevivir.

Una cosa era cuidar entre todos de la huerta del que estaba enfermo y otra dejar que la tuya se marchitara por ayudarlo. Había un límite y ese lo marcaba tu propia energía; resultó difícil para ella salir de ese círculo y dejar sin ella misma a la comunidad en la que había nacido, pero en un momento sintió que podía y quería ser útil a otro nivel, la claridad con la que comprendía el mundo que la rodeaba le hacía sentirse menguada en aquel ambiente y cuando conoció a Benradon de visita en otro zamut próximo, supo inmediatamente que sus destinos estaban unidos, pero ahora sufría porque sabía que era un camino sin retorno y tenía que resignarse impotente, viendo como su amado se consumía en un dilema sin solución.

Lo habían hablado miles de veces, podían aplastar con su ejército a toda la población vecina, pero luego no podrían vivir con ello. Además, seguramente nunca terminaría: vendrían otros, poco a poco irían llegando de otros lugares, los sin funda y acabarían desgastando su voluntad y forma de vida.

Solo Eza conocía la respuesta a sus problemas, pero últimamente parecía haberlos olvidado. Por un fugaz instante, el dolor le hizo juzgarlo y pensó: «¿Por qué nos abandonas ahora, cuando siempre hemos seguido tus enseñanzas con devoción? Mira el sufrimiento de tu pueblo y actúa».

Pero en ese instante pasó al contemplar a Benradon abatido, así que hizo lo único que podía hacer: le confortó con sus mimos, no le fue difícil expresar el inmenso cariño que sentía por él, lo que él recibió por tanto fue amor y la lástima, que hubiera herido su orgullo, no pasó por su cabeza.

Después de dejar a su esposo en los aposentos, Jaicia se dirigió al templo, sentía que debía reconciliarse con el enviado. Dos grandes esculturas abrazadas de Ezrael y Ara destacaban al fondo, rodeadas de altas y finas columnas repujadas en materiales brillantes. Esto les hacía parecer inasequibles, sin duda, podían escucharte, pero no podías acercarte a ellos. Las paredes estaban repletas de pinturas de animales, hombres y paisajes terrestres, las figuras de Ezrael y Ara se encontraban en muchas de las escenas realizando actividades junto a otros janelianos. El techo mostraba en su parte más baja el cielo diurno con el sol y las nubes y en la cúpula central, con forma de alas, el nocturno en el que lucían miríadas de estrellas. Divididos por amplios pasillos, había en el suelo numerosos camastros en forma de ataúdes sin cerrar. A uno de ellos se dirigió Jaicia, tendida y con los ojos cerrados, se dispuso a comunicarse con Eza.

—Maestros, sé que me elegisteis para ser la luz de Benradon, pero cómo puedo alumbrar su camino si el mío propio me es inescrutable. Siempre vi con claridad los actos ajenos y propios, siempre fui capaz de comprender la esencia de su intención, pero ahora nada tiene sentido, por más que intento entender las razones que mueven a este mundo y a su gente.

Mientras esperaba la respuesta, concentró su atención en el centro de su frente imaginando un canal hacia las estrellas y limpió su mente de todas las preocupaciones cotidianas para que este tuviera el camino libre hacia su mente. La respuesta no se hizo esperar.

«Esta lucha no te corresponde, ayuda con tu saber, tu ejemplo, tu estar y no temas, pues el camino está prácticamente construido».

Las palabras visualizadas en su mente no la tranquilizaron en demasía. Sabía por experiencia que para Eza el concepto de tiempo era muy diferente del suyo y prácticamente podían ser lo mismo tanto los meses como los años, solo quedaba rendirse. Con un suspiro, dio las gracias y abandonó su meditación.

Mientras Jaicia se dirigía a despachar sus labores de copresidente, en Indala, la muchedumbre se había reunido frente a la casa de la delegación clamando venganza. Una mujer de edad avanzada se erguía desafiante ante su puerta e intentaba calmar a la multitud.

—Sufro esta pérdida igual que vosotros sufristeis cuando a mi amado Cared lo asesinaron. Ahora, solo espero que mis días acaben pronto para reunirme con él. Mientras tanto, cumpliré mi responsabilidad, entiendo vuestra rabia, pero no es desde el rencor donde podemos tomar las decisiones. Organizaremos grupos de guardia en los límites, pero no habrá acciones de represalia, eso no nos corresponde a nosotros.

—¿Quién hará el trabajo que ellos dejen? —gritó uno—. ¿Hasta cuándo vamos a estar esperando que vengan a matarnos sin hacer nada para impedirlo?

—Si los elegidos no nos protegen, lo haremos nosotros —dijo otro, enseñando su agujijón desenfundado—. La mejor forma de defender a nuestras familias es eliminando a los que nos atacan.

—No hagáis nada —dijo Airia, retomando la palabra—, dejad que hable con Jafar.

La discusión siguió en la calle, pero ella se desentendió volviendo a entrar en su casa, nada más podía hacer, nada más podía decir. Tal vez si Cared hubiera estado, no, habría dado igual, ella sabía lo que él sabía, que este mundo estaba perdido.

Una larga columna de guerra abandonaba la ciudad, atravesando, luego, los campos en dirección al este. Los andantes, con grandes escudos y lanzas en ristre, los carros acorazados de metal, llevaban en su interior cuatro cuernigambos a modo de tracción. Sobre sus arneses, una plataforma donde se encontraban seis arqueros, sendos boquetes a la altura de sus flechas revelaban su capacidad de destrucción, pero ya en las inmediaciones de la aldea ismista, su poder se vio frenado por varios niños y adolescentes que salieron a su paso: ocupaban todo el camino y blandían su agujijón. Un cántico común los animaba: «Las aguas sin fin os esperan, allí os echaremos, ese es vuestro sitio».

LA DECISIÓN

Antes de opinar, Rangil necesitaba más información, así que dirigió su atención a lo largo de la costa, pueblos y ciudades se sucedían en la desembocadura de los grandes ríos del interior, hasta que una ciudad, por su magnitud, llamó su atención. Era, al menos, tres veces más grande que Janel. Sus murallas se perdían hacia el sur y altas torres inmaculadas terminaban en una cúpula transparente. Se levantaban por cada rincón entre humildes casuchas sin terminar. Sin orden, lucían también sus campos desperdigados en la distancia.

Muchos de ellos, en su soledad, amenazados por el bosque. Nada en especial diferenciaba, en cuanto a geología se refiere, de Janel, pero sin duda, su gente no era tan disciplinada o bien no tan displicente.

Rangil eligió una torre al azar. Varios hombres discutían, pero su discusión no era acalorada, más bien parecían disfrutar de ello, aunque solo su conversación convergía en el mismo sentido cuando hablaban de los janelianos. Ellos tenían la culpa de que su ganado muriera por misteriosas enfermedades o de que sus huertos florecieran a destiempo cuando la meteorología era adversa. Realmente estaban convencidos, observó Rangil. En sus corazones estaba instalada la perplejidad y no encontraban otra explicación a lo que les sucedía. Era gente de paz, su tradición y creencias así lo determinaba, pero tenían que hacer algo para cambiar la situación. El pueblo se quejaba constantemente y sus privilegios estaban en entredicho.

Antaño rica y floreciente, su ciudad se marchitaba. Sus bellas telas y armoniosas tallas decoraban los hogares de todo el mundo conocido. Los cantares y versos de sus eruditos eran recitados por todos los confines y su cultura respetada en todas las poblaciones. Habían repartido su sabiduría con generosidad. Los lugareños realizaron puentes y construcciones siguiendo su dictado con el único precio de permitirles el paso y el comercio. Habían conquistado el mundo, todo lo bello y de valor había sido concebido o fabricado en Ismia. De todos los lugares llegaba gente a consultarles cómo podían resolver sus problemas trayendo regalos a cambio, pero tal vez por falta de objetivos habían perdido la ilusión. Rangil ahondó en sus corazones para ver el sentimiento de que algo les faltaba, la vanidad del buen hacer de su trabajo ya no era suficiente. Se miraban unos a otros sin saber qué aportarse; ya se habían dicho todo, podían dedicarse ociosos a disfrutar de todos los placeres, pero eso ya lo habían hecho cientos de veces. Hijos de las casas nobles de la ciudad, desde niños, ya lo tuvieron. Aburrimiento y apatía fue lo que con más fuerza percibió Rangil.

En otra ala de la torre, varias mujeres conspiraban. Eran conscientes de que la imaginación de sus hombres se había agotado, pero qué podían hacer ellas. Hasta ahora, las habían tratado bien. Tenían las mejores ropas y joyas, sus casas eran la envidia de sus vecinas, sus hijos solo se dedicaban al aprendizaje de las artes y las letras, no tenían ningún trabajo asignado, ¿qué más podían pedir? Pero sus cuidados rostros se hallaban ensombrecidos por la misma apatía que vio en los hombres.

Dirigió su atención a lo que parecía ser un templo de forma, totalmente circular. Su estancia estaba vacía de cualquier adorno, excepto las paredes decoradas con dibujos estelares, galaxias y constelaciones que se alternaban por doquier y, en el centro, una piedra meteórica protegida por una verja de metal. Varios fieles se reunían alrededor, murmurando oraciones. En una sala anexa, cubierta de una cúpula de idéntica forma, pero de mucho menor tamaño, unos jóvenes recibían instrucciones del que parecía ser su guía espiritual. El respeto y la admiración eran sus emociones más fuertes. La devoción estaba grabada en sus corazones hasta el tuétano, este decía:

—Las enseñanzas de Basnada, nos muestran el camino. Él nos dijo: «Poned luz donde haya oscuridad, poned vuestra carne donde haya vacío, procread para llenar los confines del mundo para que la esencia de la que os proveo, alumbré todos los lugares en vuestra representación y en la mía».

»Debemos, por tanto, llegar tan lejos como nos sea posible y poner luz en los ciegos ojos que no recibieron sus enseñanzas. Basnada nos eligió para poner claridad en los otros pueblos y es nuestra obligación dirigirles por el camino hacia él. No nos encargó una tarea fácil, muchos en su ignorancia no lo entenderán, pero no debéis cejar en vuestro empeño y, aunque alguna vez os toque sufrir e infligir dolor, sabed siempre que lo hacéis por el bien. Vuestra intención ha de ser siempre noble, pues el fin que perseguís es divino, pero no flaqueéis ante los enemigos de nuestro guía, pues si vuestra fe falla, no será la luz infinita de Basnada la que se pierda, sino la vuestra para toda la eternidad. Y entonces, solo la negrura acompañará, a partir de ese momento serán miserables vuestras vidas, así como los descendientes de vuestra estirpe.

Rangil podía recorrer con su haz todos los lugares de la ciudad, pero algo en su mente llamó su atención. Sin duda, era el momento de actuar y la forma de acción que él conocía era aplicar alguna o varias de las doce leyes.

Pero antes necesitaba una reflexión. Por experiencia, sabía que solo tenía que relajarse y dejar que fuera el problema el que buscara, en su mente, el mejor ejemplo que mostrar. Por eso, aunque extrañado, siguió su línea de pensamientos cuando estos le llevaron a su mundo. Por supuesto, en el pasado hubo guerras, atrocidades, aparentemente sin sentido, que sembraron el caos. Unos mataban a sus vecinos para apropiarse de sus tierras mientras eran echados de las suyas por otros, venidos de más lejos. Hasta que las fronteras se hicieron tan fuertes que ya no era viable la expansión fuera de la frontera propia. Entonces, los humanos empezaron a gobernar el aire para poder destruir a distancia, pero eso mismo les hizo darse cuenta de su propia vulnerabilidad, todos podían destruir a todos. El equilibrio del miedo fue, por tanto, ganando terreno y serenó los ánimos de los más belicosos, pero su mundo nunca se había detenido. Los hombres y mujeres siguieron inventando una mejor forma de producir y conservar alimentos, medios de transporte más rápidos, comunicación inmediata entre todo el globo. A medida que se iban descubriendo nuevas formas de obtener energía, también lo hacían diferentes aplicaciones de ellas. Hubo un momento en que parecía que los recursos del planeta estaban a punto de agotarse, pero la gran maestra Asmov descubrió a todos, lo que siempre había existido la Energía Universal.

Ella demostró que todo en el universo estaba compuesto de la misma energía que se concentraba con diferentes códigos para formar cosas distintas. La energía de todas las cosas, por tanto, no desaparecía cuando estas perdían su forma, simplemente, dejaba de ser vista por los ojos humanos. De hecho, lo que en su día se consideraron sofisticados túneles de bombardeo de partículas, comenzaron a seguir su rastro, pero Asmov fue capaz de ver la humilde sencillez dentro de la complejidad a la que se estaba llegando en aquel momento. Ella, en contra de las creencias de entonces, demostró que los humanos, al igual que los demás animales, plantas o cosas éramos energía inteligente, puesto que era imperativo que la energía tuviera inteligencia si la reconocíamos. La capacidad de adoptar formas y expresarse, se dedicó, en lugar de perseguirla como hacían sus homónimos físicos, a llamarla como a ella le gustaría ser solicitada: con cariño y respeto. Y así de simple, la Energía Universal acudiría a cualquier lugar que le fuera apetecible.

La humanidad cambió inevitablemente, pues la energía inteligente solo acudía a raudales para proyectos sabrosos, aquellos en los que el amor y la armonía eran el objetivo. No había elección, nadie fue tan estúpido como para rechazar este bien inagotable. Por supuesto, a la nave la construyeron máquinas que, a su vez, fueron concebidas por

humanos, pero resultó muy fácil porque la energía estaba de acuerdo en formar parte. Para el combustible que la alimentaba, solo se necesitaba un recolector: una bañera de burbujas donde la ociosa energía del espacio acudiera a darse un baño de vibración.

Al principio no resultó tan sencillo, sectores de poder trataron de impedir la implantación de la nueva energía, pues hacía obsoletos muchos de sus medios de producción. Gente de todas partes se rebelaba a que una energía caprichosa gobernara sus vidas, pero al final, la implacable ley del comercio puso las cosas en su sitio. Si intentabas hacer algo en lo que la mayor parte de la energía disponible no estaba de acuerdo, le costaba mucho conseguir y, por lo tanto, su precio no era competitivo. Pero si era algo que la atraía, podía ser bueno y al alcance de todos, por tanto, la humanidad, en un momento de lucidez, decidió que sí, que la energía era caprichosa, pero no más que ellos mismos. El mundo la reconoció y se convirtió en su aliado. Desde entonces, habían pasado por épocas de todo tipo: elitistas que coleccionaban todo tipo de artículos difíciles de obtener convivían con humanistas dedicados al estudio y divulgación que era hacia donde se inclinaba, en mayor medida, el deseo de expresión de la Energía Universal. Pero no, por ser generalizada no era diversa, al igual que el ser humano. La diversidad era la norma y todo podía ser si uno tenía la paciencia suficiente para esperar la energía afín, ya cada ser humano conocía la esencia de esa energía y se reconocía en ella, dedicándose a lo más acorde con su sentir. Había tanto por crear, tanto por imaginar.

Rangil se dio cuenta de que estaba divagando. No era por ahí donde quería llegar su reflexión, sino hacia la historia de su mundo. No siempre hombres y mujeres habían andado juntos en igualdad. Desde que se tenía constancia, la alternancia había sido la norma a periodos muy antiguos donde la madre gobernaba su entorno. Siguiéron otros en los que el hombre, hizo valer su supremacía física y diversas religiones y comportamientos se dedicaron a relegarla a sus labores de hembra, pero no fue hasta hace poco más de trescientos años, que hombres y mujeres comenzaron a reconocerse como iguales, entonces el avance se hizo imparable. Al principio, siglos de sometimiento hicieron que la mujer fuera más cauta y dejó parte de la iniciativa a la vanidad del hombre. Donde la imaginación de uno terminaba, la del otro daba un empujón; donde el hombre comenzaba sin dirección, la perseverancia de la mujer le daba forma; cuando la mujer se estancaba, al hombre siempre se le ocurría otra tontería a la cual la mujer podía hacer práctica. Pero enseguida, ambos se alternaron en estas funciones hasta que los hombres aprendieron la practicidad y las mujeres a imaginar cosas sin sentido.

Sin duda, esa era una de las claves para que este hemisferio permaneciera estancado. Los janelianos vivían asediados por un mundo donde los hombres gobernaban sin tener en cuenta a la parte femenina de su población.

Dirigió otra vez su atención a la torre. Escogió a la mujer que parecía liderar al grupo y depositó en su mente el deseo impensable, hasta entonces, de dominar al hombre. Solo sería en el sexo, solo un juego y en el hombre que ella tenía en su corazón relajó sus preceptos. Él estaría, por tanto, dispuesto a dejarse llevar en la intimidad de su alcoba donde nadie fuera testigo.

Rangil podía ya imaginarse el resultado: el hombre disfrutaría del aporte de ella y la dejaría inventar. El sexo sería, a partir de entonces, un juego de dos y, por lo tanto, el doble de divertido. Al principio, se avergonzaría de ello, pero los demás comenzarían a envidiar su feliz semblante y, algún día, contaría su secreto a su mejor amigo.

La semilla ya estaba prendida, pero esta acción de grado tres no sería suficiente para dar un salto cuantitativo en la felicidad de este lado del mundo. Tendría que buscar algo más efectivo a corto plazo.

Si una de las cosas que faltaba en esta sociedad era el aporte de la parte femenina, debería enfocarlo desde su lado *ying*. Por supuesto, sabía cómo pensaba y sentía una mujer, fue parte de su aprendizaje y una de sus dedicaciones más placenteras. Le encantaba la compañía femenina, pero sabía que el regalo del sexo solo escondía el verdadero motivo para buscar su presencia. Con ellas aprendía a cada instante y Rasa no dejaba de sorprenderle, aunque solían estar de acuerdo, ella siempre encontraba un camino alternativo a sus afirmaciones, sembrando, por tanto, otra nueva línea de pensamientos en él. Cuando él creía tenerlo todo colocado y en orden, ella siempre se apañaba para desbaratar sus teorías infalibles, pero, en fin, si había algo que le gustara más que la coherencia de su entorno, era construirla.

Retomando el momento actual, dictaminó: una cosa es saber cómo piensa una mujer y otra pensar como ella, así que, como le estaba privado comunicarse con personas durante una misión, pues nadie en la distancia podría juzgar la situación mejor que él, trató de imaginar cómo se sentiría Rasa al respecto.

Enseguida, tomó partido el pueblo ismista, gobernado por charlatanes egocéntricos que despreciaban a sus mujeres. No era el camino el proyecto válido donde promover la felicidad. Le representaba Janel a pesar de su pequeñez. Debía ayudar a mantener viva la ilusión de los janelianos mientras imbuía nuevas ideas en los ismista, pero su mente no paraba, era consciente de la importancia y seriedad de su misión, mas no podía evitar el entusiasmo que la complejidad de este mundo le producía. Por un lado, había una parte del planeta que vivía en armonía y aparente felicidad, pero en estado primitivo y, la otra, estaba ocupada por una civilización más avanzada, pero en desequilibrio.

Dado el gran mar que los separaba, ambas civilizaciones no podrían mezclarse en un futuro inmediato, así que su labor también debería ser dividida en dos frentes distintos, o tal vez no, la comunicación existía, aunque solo fuera en un sentido. Esperanza siempre grababa lo que él decía, así que pasó sus pensamientos a voz.

Hemisferio sur, ocupado por seres idénticos a los pobladores del norte, pero con una civilización de grado seis, cohabitan distintas creencias según los lugares. En unos, adoran a un dios de origen celestial: mitad maestro mitad misterio y, en otros, a humanos de tiempos pasados convertidos en ejemplo a seguir. Ambas comunidades, inminentemente agrícolas, basan su economía en el comercio y su expansión es a través de su cultura. Por número, la que adora a un dios celestial, ha debido ser la primera y la que ha ostentado la hegemonía durante largo tiempo, la segunda parece haber nacido en tiempos recientes, pero confinada a un gueto. Pese a tener una cultura más próspera y vital su dedicación actual. Dado el antagonismo que provocan, se ve abocada a la mera supervivencia. No obstante, debo inclinarme por ella para establecer la futura felicidad en este hemisferio, pues la otra está en clara decadencia y sus objetivos no incluyen la creación de nada, sino tan solo la destrucción de los que consideran sus enemigos.

Rangil sabía que, a veces, la evolución humana resurgía de la destrucción, pero él estaba allí y tenía una misión. Lo tenía claro. Si tenía que poner su energía en algún sitio, sería donde el objetivo era la integración y la innovación y no la mera aniquilación de lo ya existente.

Se dispuso, por tanto, a ayudar y cuidar a los janelianos sin decidir por ellos ni anular su voluntad.

RENUNCIA

Jaicia se despertó sobresaltada para ver cómo Benradon se revolvía en un sueño incómodo. Como tantas otras veces, sabía que el motivo del desvelo era recordar su sueño, hacía tiempo que no tenía sueños verdaderos, como los llamaba ella, porque había sido consciente durante el sueño de estar soñando, pudo así percibir como real todo lo visionado. Tenía la misma nitidez que la vida presente, aunque no fuera así su capacidad de dirigirlo. De hecho, a pesar de saber que estaba en él, el sueño la dirigía a ella. Cuando quiso aprovechar para subir a una muralla y lanzarse a volar, lo único que consiguió fue posarse dulcemente y entonces el sueño terminó.

Sus recuerdos empezaban en una sala llena de luces, pero estas no provenían de una llama, no reverberaban, estaban fijas. En una de las paredes aparecía un gran cuadro cuyos motivos se movían como cuando uno miraba por la ventana al ajeteo de la ciudad. En él se veía gente proveniente del campo retirándose a sus hogares. En la ciudadela se mostraban a los guardianes de la puerta, sus manos desnudas, pero en estas, inexplicablemente, ninguna funda alargaba su dedo más pequeño ni había agujijón en él. El guardián comprobaba esto y los dejaba pasar. Cuando un hombre escondió su mano, se pusieron alerta y amenazantes. Este mostró su dedo enfundado en señal de buena voluntad. Venía de muy lejos y enseñó su alforja llena de utensilios que pretendía cambiar por ropas para su hija que iba a casarse. Los guardias, le dijeron, ahora más amables, que lo sentían, pero que la única forma de que pudiera hacerlo es que los acompañara a un lugar donde le fuera extirpado el agujijón. Animándole con que, aunque al principio sería doloroso, enseguida su herida curaría y no sufriría otras secuelas. Apoyando sus palabras, mostraron las cicatrices en sus propios dedos. El viajero se apartó de la puerta, incrédulo, sin saber qué hacer, mientras contemplaba cómo otros proseguían su marcha hacia el lugar deseado.

De repente, el cuadro quedó tan negro como la noche sin luna. Las luces de la sala se reflejaban en él como estrellas, al tiempo que se sentía desaparecer de ese sitio para aparecer vagando por las calles silenciosas, pero no eran las de Janel. Todo le resultaba extraño en aquel lugar, aunque pudo apreciar con todo detalle el desconchado en la fachada de una casa y la tenue luz de una lámpara en otra. Sintió que este no era su sitio, no lo querría para ella. Decidió subir a la muralla adyacente a través de unas escaleras y sabiendo que era un sueño se lanzó al vacío dispuesta a volar hacia su hogar; allí despertó.

No quería molestar a Benradon, decidió esperar al alba. No intentó volverse a dormir, pues temía olvidar el sueño. Sabía, por experiencia, que los sueños, por muy aterradores que fueran, no se incorporaban a sus experiencias de vida ni pasaban a formar parte de sus recuerdos, a no ser que pusiera mucho empeño en ello, desaparecían apenas despuntaba el día como si nunca hubieran existido.

Así que se levantó y después de plasmar en papel su sueño, se dedicó a preparar el día. Le esperaba mucho trabajo, se conmemoraba el día del nacimiento de Ara y cada hilera de color expondría su creación. Una escena de lo que Ara haría en el momento actual tal y como lo veían los habitantes del barrio constructor. Ambos, Benradon y ella, debían elegir a la que consideraban la mejor y esta sería mostrada durante diez días en la plaza presidencial y la hilera en cuestión engalanada con los colores del resto del vecindario.

Ya se había aseado y tomado su desayuno cuando oyó desperezarse a su amado Benradon, aunque estaba ansiosa por contarle su sueño, se reprimió, pues como a ella misma, sabía que a él le gustaba adaptarse al nuevo día, despacio. Cuando uno se acostaba, dejaba colocadas y en orden, más o menos, las cosas de su vida. De otra forma no había manera de conciliar el sueño si la mente era bombardeada por la preocupación, pero cuando amanecía, se daban cuenta de que todo estaba otra vez patas arriba y tendrían que dedicar el día entero para volverlo a su sitio. Así que se afanó en elegir el mejor atuendo para ambos. Debería ser una vestimenta festiva, pero no exuberante, pues una de sus obligaciones para ese día, sería visitar a las familias de los caídos. Ya habían decidido separarse, repartiéndose los hogares por zonas ya que, de otra forma, necesitarían otro día. Uno de los muertos había sido la hija de una prima suya y quería estar con ella, sin que la prisa la acuciara.

Durante el trayecto en carro, decidió abordarlo.

—Si decidiéramos —dijo— renunciar a nuestro aguijón de manera definitiva, podríamos distinguir a nuestros enemigos. Si nuestro pueblo y todos los que están con nosotros dejara de tenerlo sabríamos en quién confiar y en quién no. Al fin y al cabo, solo sirve para que la gente se mate por accidente o en un momento de ofuscación. Cualquiera puede quitarse y ponerse la funda, tener buena voluntad en un momento y convertirse en un asesino al siguiente, pero si ya no la tiene, habrá renunciado para siempre a esa posibilidad.

Después de un instante de reflexión, Benradon contestó:

—Nacemos con él, es parte de nosotros igual que cualquier otro órgano, también las flechas lanzadas por nuestros brazos matan, ¿debemos renunciar a ellas? En su día, era un medio de defensa, estaba claro el objetivo. El veneno de nuestros aguijones no es dañino para nosotros mismos y sí para el que nos ataca, solo nuestros progenitores están a salvo de nuestro veneno, pues está claro que no podemos quitar la vida a quienes nos la dieron. Pero es sencillo, cuando estamos entre nuestros amigos, una funda los protege, pero si somos agredidos siempre está a nuestra disposición.

—Tú mismo lo has dicho, hace tiempo dejó de ser un medio defensivo, desde que una lanza o una flecha pueden matar a distancia. El aguijón ya no es un arma de guerra, sino un recuerdo ancestral que cubrimos con vergüenza. Si hemos sido capaces de evolucionar mejorando nuestras herramientas, ¿qué hay de malo en que nos mejoremos a nosotros mismos, deshaciéndonos de lo que ya no es útil y que solo nos muestra ante los otros como un peligro para ellos? Recuerda cuántos accidentes y desconfianza ha provocado.

—Pero eso solo nos haría más débiles ante nuestros enemigos que sí lo tendrán y no creo que ahora sea el mejor momento siquiera para proponerlo. Esta medida no sería nada popular, la gente pensaría que estamos locos.

—Pero no te das cuenta de que el agujón solo nos limita, que nos impide entregarnos sin miedo al otro —insistió Jaicia—. Qué mundo maravilloso sería en el que pudieras abrazarte a un desconocido sin reparos. Mostrarías tu dedo sin agujón, él mostraría el suyo y seríamos hermanos de evolución. Un ser nuevo por decisión propia. Qué mejor forma de demostrar nuestra buena voluntad que renunciar a nuestra capacidad de hacer daño.

Benradon no pudo dejar de ver la belleza de esa idea, pero reticente respondió:

—Sí, como dices, debería ser por propia convicción, ¿cómo vamos a conseguir esa unanimidad en nuestro pueblo? Tú, que eres siempre tan práctica, ¿cómo se te ha ocurrido pensar en algo tan complicado y precisamente en estos momentos?

—Fue algo que Eza puso en mi sueño. Supongo que como ellos decían: «A grandes males, grandes remedios». Lo sentí muy real, siento aún en mis dedos el tacto de las cosas.

Si había algo que había aprendido Benradon era a respetar los sueños de Jaicia, por supuesto, no todos se habían convertido en realidad —al menos aún—, pero debían ser tenidos en cuenta porque, en varias ocasiones, habían servido para dar un salto cualitativo en el bienestar de su pueblo y el suyo propio.

—Centrémonos en nuestros quehaceres de hoy. Lo que propones es demasiado complejo para abordarlo en un día tan atareado.

Solo pudo estar de acuerdo en esto último, así que guardó silencio cuando se acercaban a la primera representación del anual de Arallas.

La hilera rosa pálido exponía una figura gigante de Ara pisoteando diminutos ismistas que trataban de huir despavoridos. La escena era explícita, daba a Ara el poder y la intención de acabar con ellos.

Benradon y Jaicia felicitaron a los jóvenes que habían realizado ese estupendo trabajo. Sin duda, el enorme armazón de madera que soportaba las hermosas vestimentas de guerra de Ara, así como su bello rostro, merecían reconocimiento.

La siguiente hilera lila violeta mostraba orgullosa una escultura de Ara atravesada por un túnel en el que los ismistas entraban por un lado altivos y salían por el otro sin ropas y andando a cuatro patas.

Los otros colores lucían escenas de Ara en situaciones semejantes. En la mayoría de los casos, al menos, vejatorias para los ismistas. Una sombra de desánimo empezó a dibujarse en los rostros de Jaicia y Benradon, hasta que llegaron a la hilera celeste azul oscuro ocupada, en su mayoría, por artesanos, compositores y gente de letras.

Aquí los jóvenes exponían a una Ara deslumbrante, rodeada de velas por todos lados, menos al frente, por donde figuras infantiles se acercaban a recoger regalos.

Al verlo, Benradon y Jaicia se miraron. Tras años de estar juntos, habían descubierto que, muchas veces, las ideas prendían en ellos al unísono. Por supuesto, podía ser porque su línea de pensamiento confluía, pero, a veces, pensaban que uno la ponía en el otro. Como siempre, Benradon, la hizo voz.

—Un premio puede ser la clave. Si renunciar al agujón tiene una compensación sabrosa, tal vez, sea posible hacer tu sueño realidad.

El entusiasmo se vio enseguida ensombrecido por la cruda realidad que tenían ellos para ofrecer a tanta gente.

Cuando hubieron inspeccionado todas las calles, no tuvieron ningún problema en declarar ganador al color celeste azul. La realización de la obra era hermosa y nadie se sentiría ofendido.

Así lo hicieron saber y, mientras las demás hileras se disponían a engalanar a la ganadora con sus colores, ellos, después de una frugal comida, partieron uno para cada lado de la ciudad a visitar a las familias afectadas por el ataque.

CONSPIRACIÓN

La idea de un regalo a cambio de la renuncia podía ser buena. Ahora Rangil tenía que pensar qué podía darles para que ofrecieran a cambio. Su intención era que fueran, sin perder su cultura, convirtiéndose poco a poco en esos maravillosos sianos del norte, pero los argumentos de Jaicia le habían encantado. Si el pensamiento de ella representaba el de los janelianos, sin duda, ya iban por el buen camino.

No podía negárselo a sí mismo. En gran medida, la idea provenía de su propio deseo de que los sianos no tuvieran que volver a enfrentarse con los agujones cuando los janelianos llegaran a sus costas, pero creía firmemente que el bien era para ambos, de otro modo no hubiera intervenido.

En su labor de protegerlos en la medida de lo posible, decidió echar un vistazo a los ismistas, agricultores y ganaderos. Volvían ya de sus campos recogiendo en sus casas. Llamó su atención el hecho de que todos eran varones, aunque muchos de ellos solo eran unos niños. «Las mujeres, por supuesto, estarían en sus hogares», pensó, y se dispuso a comprobarlo. Efectivamente, en las casas, les aguardaban mujeres, pero muy pocas jóvenes y, menos aún, niñas.

«Estadística de población para ese lugar», pidió a Esperanza. A los pocos minutos, estaba en pantalla. La proporción entre los jóvenes era de dos mujeres por cada tres hombres, pero entre los niños era aún menor, de uno a tres. No resultó difícil averiguar el motivo, estaba grabado con horror. Las mujeres adultas habían tenido que sacrificar a sus hijas cuando estas eran las primeras en llegar, e incluso, algunas después del primer hijo varón. Solo en las casas donde ya había dos varones, convivían también niñas. En las mujeres jóvenes, además, apareció el sentimiento de rechazo a la maternidad. Varias de ellas habían provocado en sus cuerpos la infertilidad para no tener que enfrentarse a lo mismo que sus madres.

Pudo comprobar que en las castas más altas de la sociedad no sucedía lo mismo, pero estas suponían una minoría a medio plazo, por tanto, la población ismista estaría en clara recesión, teniendo en cuenta que, por ahora, los janelianos estaban tan limitados a su ciudad que, incluso, perdía parte de su población, cuando se aventuraban en las aguas, en busca de otro lugar del que nunca volvían, el futuro de esta parte del mundo no se presentaba muy halagüeño.

La pequeña mecha que había prendido en el pueblo ismista, no sería efectiva, ni siquiera, a medio plazo y, a pesar de que él lo sentía como positivo, tampoco podía estar seguro de las consecuencias de que la idea de renuncia al aguijón podría acarrear, sin duda, en el norte, donde no existían depredadores ni otros peligros y toda la población estaba en las mismas condiciones, no representaría un problema. Pero aquí, el que solo una parte de la población no tuviera el aguijón, podría colocarlos, tal vez, en una situación de inferioridad. «Tendría que volver al norte», se dijo sin disgusto para averiguar qué regalo era exactamente la pérdida del aguijón y, sobre todo, cómo habían llegado a tomar la decisión de extirparle.

Tenía que actuar, pero con cautela, sin prisa. Debía animar, pero sin empujar. El ritmo sería el que ellos mismos se impusieran, esto era lo más difícil para Rangil pues, inevitablemente, el entusiasmo con el que afrontaba su misión le llevaba a querer ver resultados inmediatos.

Pero antes debía ganar tiempo para Janel y eso pasaba por ver los movimientos en los alrededores conflictivos.

Esperanza estaba dotada de un detector de rencor. Una herramienta muy útil para lo que le había llevado allí, pues procurar la felicidad pasaba, inevitablemente, por erradicarlo. Se necesitaban más cosas, pero esta era básica.

Un importante foco apareció en Indala, dentro de Janel, aunque no de sus murallas, pero otro aún más potente se alzaba en sus cercanías; provenía de un grupo ismista de la zona.

Todos hombres se reunían alrededor de un joven en postura de rezo.

—Por nuestro honor, tenemos que recuperar las tierras de nuestros antepasados para nuestra familia presente. Para ello, estamos dispuestos a entregar lo que nos es más querido, la vida de nuestros hijos. Basnada, viendo nuestro sacrificio los acogerá a su vera y nuestro pueblo recobrará su orgullo y si Janel se vuelve contra nosotros Ismia tendrá que actuar.

—Yo oí contar a mi padre cómo había vendido sus tierras a estos tontos Janelianos, porque estaban demasiado cerca del mar. Con lo que sacó, pudo comprarse el doble más al norte, junto al río, donde la sal no estropeaba las cosechas —dijo otro.

Todos le miraron con furia mientras el portavoz le contestaba.

—Tu padre fue un traidor, nunca debió vender su tierra a estos invasores y el tonto era él, ¿acaso no ves que son las más fértiles?

Ignorando al desertor, continuaron con sus arengas, llegado un punto de que comenzaron a alabar al joven por su valor. Había sido educado en la devoción a Basnada y era el momento de demostrarlo. Sus proezas serían contadas por todos los confines y cien generaciones lo recordarían. Le esperaba un lugar privilegiado junto a Basnada donde compartiría sus placeres.

El temor del joven Percivio era mayor por defraudar a sus mayores que por el acto que iba a cometer y del que no tenía duda, le costaría la vida. Su familia había sido pobre hasta ese día, pero a partir de entonces, sería reconocida. Sus hermanos se sentirían orgullosos de él y, por fin, su padre se daría cuenta de su valía.

Rangil no podía hacer nada respecto a la determinación del joven. Era muy fuerte y la manipulación no cabía en su mente, ni era una opción permitida. Pero su destino era el palacio presidencial, donde trabajaba en labores de limpieza y su misión, atentar contra uno o ambos presidentes. Si era factible, sería al día siguiente, así que tenía que actuar rápido.

Localizó a la figura paterna del joven. Se encontraba en el campo recogiendo las herramientas de arado y estaba solo. Era una suerte que así fuera. El joven estaba predisposto a ver a su padre por última vez a solas. Rangil, solo tuvo que alentar un poco su deseo. Poco antes de que el joven llegara donde su padre, este sufrió un desfallecimiento. Las fuerzas le abandonaron. El hijo llegó a tiempo de incorporarle y encaramarle al cuernigambo en el que le llevó a casa, ya en su hogar, el padre lo reconoció.

—Gracias, hijo, si no hubiera sido por tu ayuda, no sé qué habría pasado. No puedo sostenerme. Mañana tenía que sembrar. Si no recupero las fuerzas, todo lo que hemos hecho hasta ahora no servirá de nada y nuestro futuro está en esa cosecha. Si Basnada no me ayuda esta noche, tendrás que ser tú el que lo haga, ¿cuento contigo, hijo?

La duda empezó a crecer en el joven. ¿Acaso no era el reconocimiento de su padre lo que había buscado siempre? Su misión en Janel podría esperar, nadie podía obligarle a dejar a su familia desamparada y Basnada lo entendería.

El padre recuperaría sus fuerzas, pero sería pasados unos días. Tal vez, algo cambiará en el joven, tal vez no, pero en todo caso, estaría de vuelta para verlo.

A la mañana siguiente, Rangil se despertó rememorando cómo había sido elegido Maestro Felicidad.

Nunca había destacado por sus calificaciones escolares, excepto en la asignatura de aprender a pensar. En ella, no tuvieron que inculcarle nada, aunque aceptó con gusto algunas herramientas. Su capacidad de discernimiento era innata. De manera natural, comparaba todas las informaciones para sacar su propia conclusión y siempre encontraba algún matiz en lo generalmente aceptado. Su esencia rebelde le llevaba a ver más allá en cada situación y, su bondad, a hacerlo con justicia. Era muy bueno aprendiendo en un mundo donde todos tenían acceso al conocimiento humano. Rangil seguía escuchando lo absurdo, lo diferente. Tenía fe en la humanidad, de hecho, él se consideraba un humanista, pero se negaba a aceptar lo absoluto. Al fin y al cabo, había cada vez más casos en que lo que se daba por sentado, era solo porque no se había replanteado recientemente. Por ejemplo: durante milenios, las personas se habían dedicado a hablar convencidos de la nada, hasta que se demostró que la nada no existía, que solo existía el todo. Edason se empeñó en eliminar esa palabra del diccionario, era obvia su inutilidad, pero la costumbre, le había hecho sobrevivir. No tenía enemigos hasta que Edason decidió convertirse en uno.

Llevó a sus alumnos a una habitación sin muebles, ni adornos, solo cuatro paredes y les preguntó:

—¿Qué hay aquí?

—Nada —contestaron al unísono.

Al ver que él no quedaba satisfecho, uno aventuró.

—Espacio vacío.

Edason solo tuvo que fruncir el ceño para que sus alumnos se dieran cuenta de su absurda respuesta.

—Todos saben que la habitación está llena. Llena de aire, de agua, de partículas electromagnéticas e incluso de insectos microscópicos. —Viendo que comprendían, afirmó —: Esta habitación, igual que cualquier otro espacio del universo, está llena. —Observando la perplejidad de uno de sus alumnos le preguntó—. ¿Qué te pasa?

—Nada —se apresuró a contestar, confundido.

—Claro que te pasa algo. La sangre por tus venas circula a tal velocidad que tus mejillas se están coloreando. Tenemos la costumbre de contestar, porque lo dices o porque lo haces, con un por nada en especial. Cuando en realidad, todo es especial, todo es lo que existe, nada es una palabra que solo sirve para describirse a sí misma.

Los alumnos de Edason se convirtieron, de esta forma, en detractores de la palabra «nada». Pues según argumentaban, se había empleado para describir algo desconocido hasta entonces. Una vez desenmascarada la nada, el nombre, ya no tenía sentido. Con el tiempo, «vacío» y «nada» quedaron obsoletas y dejaron de usarse.

El argumento había sido irrefutable desde hacía ya casi doscientos años. Pero Rangil tenía su propia opinión, algo que había sido nombrado y pensado durante tanto tiempo: energía escrita, palabra y pensamiento. Deberían haberlo creado también. Aunque no podía imaginarse cómo podía crearse la nada. No descartaba su existencia, pues, sobre todo, le disgustaba el hecho de que ponía, en cuestión otras muchas hermosas palabras millones de veces nombradas.

Al darse cuenta, con casi treinta años, de que su felicidad dependía constantemente de la felicidad de los que le rodeaban, hizo de su búsqueda, una cruzada. Investigó sus entresijos y su complejidad le cautivó cuando, pasados los años, en Oriente, se nombró un Maestro Felicidad. Cómo no, los gestores europeos decidieron tener el suyo propio y, para ello, publicitaron la existencia de dicha plaza. Rangil no dudó en presentarse, aunque no le gustaba el título y él tenía muy claro que era un aprendiz de todo. Decidió presentarse, tal vez le ayudaría a saber algo más sobre su perseguida felicidad.

Como muchos otros, se conectó al examen en el día y hora señalada. Las bases de este eran las siguientes: había que contestar a una sola pregunta en tan solo cinco minutos y en una extensión que no superara las doscientas palabras.

La pregunta resultó ser la siguiente: «¿Qué harías para mejorar la vida en este planeta?».

Como no había tiempo para pensar, Rangil dejó que fuera su corazón el que contestara:

«Buscaría a las personas, que, siendo sabias, también fueran extremadamente conscientes. Los descubriría por el aprecio de sus amigos por ellos, por la calidad de sus obras y por el bienestar de sus familias. Si son capaces de proveer armonía en su entorno, también lo serán en otro más amplio. Una vez localizados cien candidatos, les entregaría los recursos del mundo. Ellos no se presentarían voluntarios, porque la vanidad no los impulsaría, pero tampoco podrían negarse, pues en su consciencia de la responsabilidad en un bien mayor se verían arrastrados a administrar el mundo. Aunque eso les costara abandonar a sus familias y sus propias vidas si el objetivo merece la pena y cuentan con los medios para hacerlo posible. No discutirían en busca de mayor poder, porque ninguno lo desearía, simplemente, harían lo que tuvieran que hacer dentro de su capacidad.

Podrían equivocarse a la hora de elegir en quién delegar las funciones que ellos mismos no pudieran acometer, pero como su intención no sería enriquecerse ni enriquecer a los suyos, rectificarian hasta encontrar las personas adecuadas. De esta forma, el mundo mejoraría inevitablemente para todos los seres sin excepción».

A pesar de lo subversivo de su alegato, pues atentaba contra los poderes establecidos, debió satisfacer a los encargados del primer filtro y fue elegido dentro de los cincuenta candidatos para realizar un curso impartido por veintitrés que lo habían sido para Maestro Felicidad de Oriente.

Al terminar el curso, se les preguntó uno por uno si deseaban el puesto y por qué. Treinta y dos dijeron que sí y sus razones. Dieciocho declinaron diciendo que no podrían afrontar la responsabilidad que ello implicaba.

Automáticamente, los treinta y dos primeros fueron descartados, porque, claramente, no habían alcanzado la consciencia suficiente.

A los dieciocho restantes se les dijo que debían ser ellos los que eligieran, ninguno se votó a sí mismo, por supuesto. Rangil obtuvo diecisiete. Había caído en su propia trampa y aquí estaba trabajando por un mundo mejor, como otras veces que lo recordaba, se preguntaba dónde estaban los otros noventa y nueve que debían acompañarle.

Esta vez, no se demoró en el viaje. A los pocos minutos estaba ya en el norte observando a los sianos, solo habían pasado dos días desde que se había ido de allí, pero en la cabaña prisión ya no quedaba nadie y muchos campos estaban cubiertos de una fina malla.

GABRIEL TERÁN RUIZ

LAS
13 LEYES

DIOS ES EN TI, COMO EN MÍ.
LA EXPRESIÓN SUPREMA

GABRIEL TERÁN RUIZ

NOTA DEL AUTOR:

Nada de lo que a continuación cuento, me pertenece. Es tan solo experiencia de vida, solo información adquirida de otra gente y de algunos sueños. Ni siquiera el argumento principal «las doce leyes» es de mi invención. Tampoco es mérito expresarlo, pues lo hago torpemente, solo se salva mi intención. Escribiré con la sana intención de ser útil a los demás, mas líbrame, señor, de la vanidad.

PRÓLOGO

En un mundo donde el Estado de bienestar había llegado hasta el más recóndito lugar, sus habitantes, en su conciencia, deciden la empresa de exportarlo al resto del universo. La intención es buena, solo quieren ayudar a otros mundos en desarrollo para que alcancen el equilibrio con el menor sufrimiento posible.

Rangil es el Maestro Felicidad del segundo cuadrante, su vida había sido un ejemplo de armonía. Desde su niñez, solo tenía que recordar y aplicar todo lo que le había sucedido en los demás seres, él sabía toda la teoría, solo tenía que llevarla a la práctica.

Nacido en el continente europeo hacía casi medio siglo, en una familia de clase media y en una sociedad donde casi todo el mundo lo era, recibió de sus padres y hermana, nueve años mayor que él, todo el cariño y atención de forma natural, sin tener que destacar ni esforzarse. La bondad, por tanto, había sido herramienta suficiente para conseguir lo que quisiera en la vida. ¿Quién mejor que él que no conocía el rencor ni la maldad para la tarea de expandir la felicidad por doquier? Sin embargo, siempre hay un «pero», pues todos venimos a este mundo a aprender, sobre todo aquellos a los que infligimos la responsabilidad de llamarlos maestros.

LAS DOCE LEYES

1. Oiré sin juzgar
2. Opinaré sin aconsejar
3. Confiaré sin exigir
4. Ayudaré a los seres que me encomienden, sin decidir por ellos
5. Cuidaré de su bienestar sin anular su voluntad
6. Confortaré sin asfixiar
7. Animaré sin empujar

8. Sostendré sin hacerme cargo
9. Protegeré sin mentiras
10. Estaré a su lado sin invadirles
11. Conoceré y aceptaré sin intentar cambiar
12. No pretenderé, no forzaré, no perseguiré empresa alguna,
solo por beneficio propio.

Por supuesto, él sentía hasta en lo más profundo de su alma que la felicidad era el camino como si no hubiera podido desempeñar el papel que le había sido encomendado. Rangil era sabio, la esencia de su alma era la bondad y, en su intención, nadie ni nada podía esperar de él algo negativo, creía fervientemente en su misión y tenía la firme decisión de llevarla a cabo.

LA LLEGADA

El mundo en cuestión se llamaba Nova16, algo más pequeño que la Tierra. Era el primer planeta de un sol también algo menor y contaba con tres satélites: el mayor, de los cuales no sobrepasaría la mitad de la superficie de la luna terrestre; su órbita elíptica presentaba también al planeta en inclinaciones diferentes así cuando en el norte era verano, en el sur invierno. Al ser más pequeño, la rotación total sobre sí mismo duraba solo veintitrés horas. Rangil sabía que nada de esto era por casualidad. El arquitecto de este sistema planetario, seguramente, sería el mismo que el del suyo o, por lo menos, de la misma escuela. Diferentes formas de vida con distintos estados de consciencia habitaban su espacio terrestre, que ocupaba ambos polos separados por un gran mar que abarcaba el ecuador y un meridiano a cada lado, nada más llegar, oyó.

EL POBLADO DEL NORTE

Sikandro estaba en su última fracción del turno de vigilancia cuando vio la estela del navío. Sus pensamientos sobre su amada Elba fueron dolorosamente sustituidos por la alerta en su mente. Él sabía que la rapidez era esencial y, raudo, raspó la lámina de sonido: un chirrido escalofriante salió de inmediato del metal y llenó el aire de todos los habitantes del pueblo, hasta el punto de que muchos sintieron cómo sus pulmones hiperventilaban en busca de aire más puro. Solo pasaron cinco décimas, pero a Sikandro le pareció una eternidad, Krull y Roma aparecieron los primeros. A lo lejos se intuían varias siluetas, había

que empezar a actuar rápido. Sikandro, como estaba en su turno de vigilancia, ya tenía la coraza puesta, algunos vendrían de sus casas y también la llevarían otros que estaban realizando sus tareas. Deberían cogerlas del puesto de guardia, tal vez, no hubiera tiempo para esperar a los segundos. Así que en cuanto fueron más de diez totalmente equipados, cogieron las cuerdas y se dirigieron a la playa.

Ellos siempre llegaban de noche y había que impedir que llegaran al campo y se esparcieran por la comarca, ya que el daño podía ser enorme.

—Krull, coged a la mitad y esconderos en las rocas de la izquierda, tú, Roma, a la derecha. Yo me quedaré al frente, parece que es un solo barco y no muy grande, podremos hacerlo.

Para entonces, el velero casi triangular ya llegaba a la playa. Nada más al tocar la arena, sus ocupantes comenzaron a desembarcar atropellándose, pero de uno en uno, era imposible saber cuántos serían.

—¡Ahora! —gritó Sikandro y los atolondrados anguijanos sintieron como de ambos lados monstruos negros y sin ojos se abalanzaban sobre ellos y los inmovilizaban, pero seguían bajando y no había brazos suficientes.

A trompicones, uno logró abrirse paso, solo para encontrarse con el látigo de Sikandro que le abatía con destreza; otro más y usó la cuerda para atarlo. Mientras lo hacía, varios le habían sobrepasado y se aproximaban al fondo de la playa en busca del sendero. Al mismo tiempo, otras figuras negras se apresuraban a llegar donde ellos; algunas con la coraza sin poner totalmente. El fragor de la lucha. Rompió la oscuridad con gritos y alaridos de ambos bandos por doquier. Un anguijano enorme lanzó a Roma por los aires y corrió hacia la ladera.

—¡Que no escape! —gritó Sikandro y varios brazos intentaron detenerle sin éxito.

La nave dejó de expulsar su río de vida. Solo cuando los gritos se convirtieron en jadeos se apercibieron de la figura tendida a medio vestir entre los suyos. Cancho ya no respiraba cuando fueron a atenderlo. Una hendidura dejaba escapar un chorrito de sangre en la base del cuello, todos lo contemplaron con tristeza, pero, además, la responsabilidad hizo que la mente de Sikandro pensara: «Si hubiera visto la nave antes».

La caravana parecía un funeral, agotados y abatidos, empujaban a los anguijanos capturados, que se movían torpemente debido a sus ataduras. Cuando llegaron al poblado, decenas de antorchas lo alumbraban, sus mujeres e hijos los esperaban ávidos de noticias sobre la batalla. Al ver el cuerpo inerte que portaban, el pánico apareció en el rostro de varias mujeres que se acercaron nerviosas para luego apartarse en silencio. Solo Luna permaneció al lado del caído mientras varias manos la apoyaban desde atrás.

—¿Qué ha sucedido, Sikandro? —inquirió el viejo Coba.

—Era una noche sin lunas. Vi la nave demasiado tarde, Cancho no tendría que haber actuado sin terminar de ponerse la cubrenegra. No tuvimos tiempo de planificar nada, de hecho, uno de los anguijanos escapó. Ha sido un desastre, lo siento —contestó Sikandro, mientras balbuceaba.

—Que todos los niños entren en sus casas —dijo Coba a las mujeres—. Encerraos hasta que sea de día. Roma, Krull, ya sé que estáis cansados, pero tendréis que avisar a los

otros poblados, mañana empezaremos la búsqueda, meted a los anguijanos en el recinto, podrán aguantar una noche sin agua ni comida.

Una especie de iglú de piedra les esperaba por una estrecha entrada donde solo cabían de uno en uno. Los anguijanos fueron soltados e introducidos sin resistencia; si había miedo en sus corazones, no lo mostraron; si había rabia, a nadie importaba, como si la resignación se hubiera hecho dueña de la noche.

El cuerpo de Cancho fue llevado a su cabaña de madera, donde sería velado por su mujer e hijos durante toda la noche. Algunas figuras permanecieron en la entrada, vigilantes. El resto decidió encerrarse en sus casas. Había que descansar, les esperaba un largo día. Guimel ya estaría, para entonces, en su puesto de vigilancia, no era probable que llegara otro navío porque lo habrían hecho juntos, pero tampoco imposible.

OIRÉ SIN JUZGAR

Rangil no juzgó, no lo hizo porque no había ningún herido entre los invasores y porque no hubo histeria entre la gente ante la muerte de uno de los suyos. No juzgó porque esos seres capaces de luchar con tanto ahínco se resignaban tan fácilmente. En lugar de juzgar, actuó. Desde la consola de su nave programó un rayo de energía relajante sobre la casa del difunto para las próximas cinco horas. Para Sikandro tenía otra idea, un foco de inducción para cuando estuviera dormido: soñaría con algo útil que le haría sentirse mejor mañana.

La sala de ejercicios de la nave medía 2x4. «Es un desperdicio», le dijeron cuando solicitó ese espacio a cambio de renunciar a un salón y un dormitorio más amplios, pero para Rangil era muy importante ese momento de conexión mente-cuerpo. Como hacía habitualmente, comenzó por los cinco katas de Heian despacio, sintiendo cada movimiento, concentrándose en la respiración. Siendo consciente, reconocía cada parte de su cuerpo y le agradecía su capacidad de movimiento de ser y de estar. Era el momento en que su mente, que todo controlaba y decidía, dejaba a su cuerpo expresarse. Era una mezcla de placer y dominio. Se sentía fuerte, dinámico. Su energía fluía libremente, depurando cada músculo, con Bassai Dai acrecentó su ritmo, pero completando cada movimiento; con Kankudai se hizo una fiera salvaje a la caza de su presa. Sudaba por cada poro de su cuerpo, pero se sentía limpio, su mente solo albergaba paz, nada le preocupaba. El éxtasis dio paso a la relajación y después de una ducha de aire cien veces filtrado se dispuso a degustar su cena. Todos los productos tenían la forma y el sabor de los originales que él recordaba, pero no quería pensar como conseguía hacerlos el dispensador de alimentos. Se limitó a elegir del amplio menú algo ligero y sabroso que le permitiera irse pronto a dormir.

Cuando comía acompañado y embargado en una conversación, prefería disfrutar de ello, pero ahora, en soledad, se concentró en cada bocado sintiendo su sabor y, como alimentaba su cuerpo, sabía que así su estómago se preparaba para hacer su función y la digestión sería rápida. Aunque tenía películas y libros en su nave, no necesitaba ninguna distracción, era espectador directo del más maravilloso espectáculo, la vida. Programó, por

tanto, tres horas de sueño en su mente, la limpió de todo pensamiento, hizo una respiración profunda y se quedó dormido al instante. Rangil era en parte un rebelde, aceptaba y disfrutaba de la tecnología de su mundo, pero desde niño no quiso ser dependiente de ella. Así que el inductor de sueño permaneció desconectado, del resto ya se encargaría Esperanza, su OC personal.

Despertó desperezándose lentamente, estiró sus extremidades, mientras permanecía en la cama, sin incorporarse echó un vistazo fuera, aún no había amanecido, así que aprovechó para incorporar a su nuevo día a todos sus seres queridos: uno a uno los iba saludando. Uno a uno los visualizó felices, recordándolos en algunos momentos vividos con él. Y luego, la imagen de su padre prevaleció: un hombre inquieto, un inventor que había encontrado, en el trabajo, el sentido a su vida. «No podemos controlarlo todo —le decía—, las posibilidades de este mundo son como el cauce de un río y la vida como las aguas que lo colman. Podemos jugar a hacer presas para tener nuestras necesidades cubiertas durante un tiempo, podemos retener el agua en nuestras manos para contemplarla y saciar nuestra sed, pero al igual que el río, siempre buscará fluir hacia el mar. Nosotros debemos dejarnos llevar por la vida hacia nuestro destino, podemos parar a deleitarnos un tiempo en lo que nos agrada y luego, más tarde, a sufrir su pérdida, pero no en exceso, pues la vida nos aguarda con nuevos retos, nuevas vivencias que experimentar. No gastes tu energía tratando de tenerlo todo colocado, pues cada día es toda una vida y a la mañana siguiente te darás cuenta de que nada está en su sitio. Sé útil para ti y para los demás, pero no detengas en su camino a los otros para tu deleite. Disfruta de los que están en tu mismo camino, deja que el río siga su cauce, pues todo aquello que pretendas se volverá contra ti».

Abrió los ojos al presente para darse cuenta de que el sol del planeta preparaba ya su tarea diaria de alumbrar las vidas de animales y hombres. Las plantas giraban sus hojas en pos de él, ávidas de la luz que las enverdeciera y la tierra vibraba ligeramente, desperezándose al paso de sus rayos.

VARIOS LLEGAN, UNO SE VA

Antes de que los mayores llegaran al poblado, la pira funeraria ya estaba preparada. Los padres de Cancho habían sido avisados al amanecer solo para dar el último adiós al cuerpo de su hijo. La madre de Luna se acercó a la cabaña para abrazar a su hija, todos los habitantes del poblado estaban allí, algunos de otros vecinos también. Nadie se apercibió de que una nave de otro mundo colgaba del cielo a cinco mil metros de altitud.

Coba no era ni el más viejo ni el más sabio, solo el elegido para dirigir las tareas durante ese ciclo lunar, cuando el cuerpo de Cancho estuvo sobre la madera entretejida, Coba habló:

—Hoy es un día triste para todos, pues a partir de ahora cuando hablemos con Cancho, no podremos escuchar sus comentarios al respecto, no podremos oír sus bromas ni sus enseñanzas y eso es una gran pérdida. Él compartió con nosotros todo lo que había aprendido, especialmente, sus hijos: Dancho y Una son tan hábiles como él en numerosas

tareas, pero nos perderemos la perfección que habría alcanzado en ellas. Ahora está al otro lado. Sabemos que cuidará de nosotros, que vigilará nuestros campos y hogares, y a cambio, permanecerá en nuestros recuerdos, en nuestras vidas cotidianas. Su familia más próxima lo llevará siempre, pero los demás hablaremos de él y con él, aceptando su silencio hasta que vayamos al otro lado y nos diga qué tal lo hemos hecho. Le honraremos disfrutando de todas las cosas que hizo, haciendo próspera esta ciudad que él ayudó a crear. Luna, Dancho, Una, todos os queremos un poco más para mitigar su falta.

Terminó diciendo a los más jóvenes:

—A mediodía, cuando las principales tareas estén concluidas, practicaremos el juego de Boo alante boo atrás que a él tanto le gustaba.

Cuando solo quedaron cenizas, uno a uno cogió un puñado con sus manos y las esparció por los lugares que a él más le gustaban. De esta forma, ocupó mar y tierra por doquier.

Todos hubieran preferido perderse por la comarca pisando los pasos de él, pero había tareas que no podían esperar. Coba, muy a su pesar, empezó por organizar la salida de los anguijanos. La primera en salir fue una hembra joven asustada y cegada por la repentina luz, con firmeza, pero sin rudeza la condujeron a una especie de pila llena de agua. Su mano extendida mostró el agujón de unos tres centímetros de longitud que portaba en su dedo más pequeño. Por lo demás, aparte de su indumentaria sucia y raída, no se diferenciaba de la gente del poblado. Cuando una especie de cuchillo apareció ante sus ojos, no pudo evitar un alarido que ensombreció los corazones de los sianos y heló el de los anguijanos. No había tiempo para remilgos, mientras cuatro manos sujetaban su brazo, Sikandro lanzó un certero golpe que cercenó el agujón desde su base separándolo de donde había nacido. Rápidamente, envolvieron el dedo con una gran hoja de la planta que poblaba cada rincón del lugar y la muchacha fue conducida al lugar donde varias mujeres esperaban arrancándose partes de cabello e introduciéndolos en burdas agujas de hueso pulido. Mientras ellas cosían la herida abierta de la chica, otros anguijanos fueron pasando por el mismo periplo, al final, veintitrés entre hombres y mujeres fueron introducidos en una amplia cabaña rectangular de gruesas paredes de madera y diminutas ventanas. Constaba de una sola estancia, varias literas de tres alturas que ocupaban las paredes y una gran mesa en el centro de apenas cuarenta centímetros de altura. Eran los únicos muebles en una esquina, un retrete y una pila con desagüe estaban separados por una cortina de tiras de corteza seca, el suelo era de arena de playa y el alto techo un tillado de madera cubierto con finas losas grisáceas. Por la rampa que salvaba el profundo foso que la rodeaba y que estaba enfrente de la pieza movable que servía de entrada les hicieron llegar comida, agua y utensilios de limpieza.

Poco antes de que el sol llegara a su cenit, varias figuras jóvenes de ambos sexos se habían concentrado en el centro del poblado, Coba daba las últimas instrucciones a la que inequívocamente era una partida de caza, armados con cuerdas y látigos esperaban impacientes que terminara los consejos, que por haberlos oído cien veces no escucharon ahora tampoco. Por fin, el grupo se dirigió a la playa.

Todos sabían seguir rastros, pero Una, que era especialmente hábil en ello, se erigió de manera natural en guía. Nadie osó hacer ningún comentario al respecto, ya en el acantilado, no resultó difícil seguir las únicas pisadas recientes que se adentraban tierra adentro. La ausencia de lluvia y viento habían dejado intacto un desdibujado sendero en la hierba.

Las palabras de Sikandro sacaron de su ensimismamiento a Elba, que se encontraba a su lado:

—Esta noche apenas he podido conciliar el sueño, pero cada vez que caía en un duermevela, aparecía la misma imagen: una serie de cuerdas entretejidas que eran lanzadas por unos seres similares a nosotros, pero de extraña vestimenta, hacia raros animales. Estas los cubrían y quedaban atrapados.

—Pobres animales —contestó Elba—. Debieron haberlo pasado muy mal.

—Sí —respondió él—. Intentaban zafarse y lo único que conseguían era enredar sus patas entre las cuerdas. Parecía cruel, por eso no entiendo qué hacía ese sueño en mi mente.

—Todo es por una razón —le recordó ella—, quizás Sika quería mostrarte algo y no la entendiste.

—Sí, debo de ser un estúpido, solo un estúpido habría dejado que ocurriera la catástrofe de ayer.

A Elba no se le ocurrió ningún consuelo apropiado, así que dejó que su silencio llenara el espacio.

Un sonido de ramas rotas alertó a la comitiva, Elba, que manejaba el látigo desde los cinco años, aunque quizás menos fuerte, no se sentía menos hábil que Sikandro. Pero como sabía que a él le gustaba protegerla, se colocó a su espalda rozándole con sus pechos. Al sentirlo, una energía de bravura hizo que Sikandro se hinchara a lo ancho y a lo alto, la determinación apareció en su rostro, no importaba lo grande y fuerte que fuera el anguijano, él solo podría con él sin problemas. Así de seguro se sentía, un cuerniblanco salió tímidamente de la maleza extrañado de la expectación que causaba mientras Sikandro, al igual que los demás, se desinflaba en un suspiro que liberaba la tensión acumulada.

Más adelante, asistieron con congoja al espectáculo de los restos de un corredor pinto, no había duda, el anguijano había pasado por ahí. El cadáver estaba consumido, sin vísceras y sin una gota de sangre en su cuerpo, aún estaba caliente según pudo comprobar Una, así que el fugitivo no andaría lejos.

Mientras tanto, en el poblado, varios niños se arremolinaban en torno a Coba, que protegía entre sus brazos una esponja marina envuelta en una fina cuerda que le hacía adoptar forma de bola. Ansiosos por empezar, ya habían dibujado en la tierra dos rectángulos, Coba los dividió en dos grupos, se colocaron uno en cada rectángulo y comenzó el juego. Coba lanzó la bola al medio y los pequeños saltaron en pos de ella. Cuando la bola lanzada por un bando impactaba en uno del otro sin que consiguiera agarrarla antes de tocar el suelo, el niño muerto en el juego pasaba al otro lado detrás del rectángulo del equipo contrario y seguía jugando.

Cuando le llegaba una pelota de esta forma, el equipo que teóricamente iba ganando se veía, al final, rodeado por contrarios, por tanto, los que estaban en inferioridad en el mundo visible eran apoyados por los del otro lado, con lo cual la lucha se equilibraba. Todos trataban de permanecer en el rectángulo el mayor tiempo posible, pero ser tocado no era una tragedia, pues seguían participando. El juego terminaba cuando un equipo perdía la diversidad, es decir, cuando en él solo quedaban niños o niñas, el ganador era el que conservaba, al menos, una pareja, pero el juego solo terminaría cuando los alevines de sianos fueran llamados por sus madres a la hora de la comida. Por eso, Coba delegó en otro

adulto la supervisión del juego mientras se disponía a recibir noticias de los delegados de sus vecinos. En el poblado del este, Ahondra había tenido una hija y en el del oeste habían descubierto la manera de conservar el pescado por mucho tiempo empleando sal.

—Ya lo tengo —dijo Sikandro—, tejiendo una malla con los hilos bien juntos podremos ponerla sobre nuestros sembrados y así protegerlos de las aves. El sol, el aire y la lluvia pasarán, pero no los pájaros, así no comerán nuestras plantas ni nuestras semillas.

Elba, que comprendió el alcance de tal descubrimiento al instante, se alegró doblemente por las connotaciones que para su pueblo tenía y porque fuera su admirado Sikandro el que lo descubriera. Con un eufórico beso, dejó a Sikandro para hacer partícipes de inmediato a sus amigas Sundra y Gona, que se apartaron del grupo al verla llegar exultante portando noticias.

Al tiempo, escucharon los sollozos, el fornido anguijano yacía revolcándose en llanto, solo, desvinculado de su grupo y sin objetivo lloraba la pérdida de su mundo. Un aluvión de sentimientos nuevos le invadía, la contradicción le acercaba a la locura, en tal medida que se dejó hacer, recibió como una bendición que los sianos lo maniataran. La impotencia le permitía rendirse, ya no era dueño de un destino que no podía controlar.

Retornaron por el mismo camino para recoger los restos del corredorpinto que llevaron al poblado, aunque su carne era inservible, su piel sería utilizada. La partida de caza se había convertido ahora en un grupo de jóvenes que volvían a casa con resaca después de una fiesta, por todos era ya conocida la invención de Sikandro y estaban deseando llegar a su hogar para contárselo a los mayores, tal vez fuera la idea de uno, pero todos se sentían orgullosos de ella.

Fue alivio lo que primero sintieron los pobladores al ver al anguijano entre los suyos, el anguijano sintió alegría al encontrarse en la gran cabaña con sus congéneres después de pasar el ritual de anguicesión.

Casi siempre, los herbívoros heridos o viejos elegían las cercanías del poblado para pasar sus últimos días, ya que los humanos los alimentaban y cuidaban. La rica flora del planeta, unida a la falta de depredadores naturales hacía que la fauna fuera próspera y abundante, a veces, demasiado para la seguridad de los sembrados de los sianos que tenían que protegerlos con empalizadas, pero, a cambio, recibían el regalo de su carne. Los animales heridos o viejos solían morir a sus pies, pero, de todas formas, los sianos mantenían un seguimiento de ellos.

Ese día, un joven arador herido y un viejo corredor rojo habían muerto. Los responsables de este asunto en ese ciclo lunar, después de arrancarles colmillos y cornamenta, habían preparado sus pieles, apartado sus huesos y cocinado su carne. Esa noche, todos cenarían juntos, como lo hacían cada vez que el tiempo lo permitía y no existía peligro en los alrededores. Una pareja con un bebé, en tránsito hacia otra aldea, también se uniría al convite.

—Gracias Co, gracias Cre, os agradecemos nos entreguéis vuestros cuerpos para nuestro alimento —dijo Cobra—, los disfrutaremos con el máximo respeto.

Todos miraron al espacio vacío que en otro tiempo ocupaba Cancho entre su familia y cuando consideraron que él ya estaba entre ellos, se lanzaron a por las viandas. El asiento de Cancho permanecería libre durante seis lunas, por si él decidía ocuparlo, después de ese tiempo, si no lo reclamaba, se entendía que estaba plenamente integrado en el otro lado.

Después de los comentarios de reconocimiento habituales, de lo sabrosa que estaba la comida, el tema principal de conversación fue el descubrimiento de Sikandro, todos hacían ya planes para fabricarlo sin demora.

Terminada la cena, un poco agobiados, Sikandro y Elba se apartaron sigilosamente en pos de intimidad, contemplando el cielo estrellado se acurrucaron uno junto al otro en un abrazo de cariño. Ella pedía mimos con sus gestos y él, haciéndose un poco el duro, la rechazaba levemente para volverla a abrazar de inmediato. Elba descubrió la nueva estrella en el cielo, era menos brillante que las demás, pero perceptible, era extraña.

—Mira —dijo Elba señalando en su dirección—, es Can viajando hacia el cielo.

Era fácil amar a estos seres, era fácil ayudar y confortar, pero sería más complicado cumplir su misión, intuyó Rangil qué podía aportarles aparte de bienes menores que ellos encontrarían con el tiempo. «Quizás protegerlos», se preguntó. «Su intención cuando imbuyó el sueño en Sikandro, era dotarles de un arma de captura a distancia que permitiera someter a los anguijanos con menor riesgo», pero, al fin y al cabo, él solo podía dar ideas, la aplicación era del libre albedrío de Sikandro. Eso y el verse descubierto le hizo tomar la decisión de dirigirse al otro hemisferio al día siguiente.

Esa noche grabó: «Hemisferio norte habitado por seres humanoides de grado nueve. Respetuosos por la naturaleza y la vida; creen en la existencia de un alma dentro de ellos y en una vida posterior; en armonía con su entorno, en un lugar que parece paradisíaco sin depredadores ni parásitos. Primitivos en su cultura, no llevan adornos ni tienen esculturas, no adoran a ningún dios, aunque parecen reconocer su existencia. No se rigen por jerarquías importantes y reparten sus quehaceres con equidad. Según he podido observar, no existen diferencias de atribuciones entre sexos y todos parecen conocer de igual modo las labores esenciales que realizar, los mayores viven apartados, aunque comparten su comida. Algunos vienen al poblado y a otros se les es llevada. No parecen tener conflictos con sus vecinos y dado su comportamiento con los que podríamos llamar invasores, dudo que existan rivalidades y mucho menos guerras en esta parte del planeta».

Después de su ritual de ejercicios, ducha y cena, programó en su mente siete horas de sueño. Estaba cansado. Ese día no se había perdido nada de lo que había sucedido, todo lo había vivido en directo, aunque las cámaras, por supuesto, grabaron todo lo que aconteció. Se había visto absorbido por la vida de estos interesantes sianos. Estaba encantado y emocionado, hasta el punto poco ético de que le hubiera gustado caminar entre ellos. De hecho, le dolía dejarlos tan pronto, pero sabía que su misión requería la observación del otro lado de este mundo y, con pena, intuía que la mayor parte de su trabajo allí se desarrollaría.

Al despertarse, esta vez, sus pensamientos se detuvieron en el recuerdo de su principal maestro, Tayiko, un oriental que no supo decirle qué le había llevado a dejar su tierra. Un día en que él le contaba su indecisión entre dos mujeres, Tayiko, como siempre, con la enigmática dialéctica propia de sus orígenes, le contestó: «No alborotes más ni tu camino ni el de los otros». Como muchas de sus enseñanzas, no lo entendió. Entonces, aunque sin mala intención, tuvo que hacerles daño a las dos y a sí mismo para aprender, pero era joven y la testosterona podía más que su bondad: una lo quería y se dejó querer, pero él pretendía a la otra.

Cuando por fin consiguió sus favores empezó a dudar, una cosa era perseguir un regalo y otra quedarte a vivir con él, sobre todo después de que lo has desenvuelto y te das cuenta de que es otra asignatura. Cuando al final reconoció los valores de la que lo quería, esta ya estaba harta de sus juegos; sus idas y venidas la habían agotado emocionalmente. Para evitar el dolor, había construido una coraza que la hacía insensible a él, por tanto, se quedó sin ambas y había revuelto su vida y la de ellas para nada. El único consuelo, las palabras de otro maestro: «Experimentar y equivocarnos es nuestra forma natural de aprender, si por temor no expresamos lo que sale de nosotros, entonces sí que estamos cometiendo un error». Desde aquel momento procuró, no siempre con éxito, no pretender, no pedir ningún deseo, que sabía él lo que era mejor.

Ya de día, no pudo evitar echar un último vistazo al poblado, para ver como una pareja de anguijanos era liberada, totalmente libres, deambulaban por el poblado sin saber qué hacer, Coba se dirigía hacia ellos.

Tenía que marcharse ahora o se pasaría otro día aquí, «no puedo permitir que sigan viendo a Cancho otra noche más, sería difícil de entender», se dijo a modo de ánimo.

Porque intuía que la mayor parte de su trabajo se realizaría allí no tenía prisa por llegar al otro hemisferio, así que su viaje fue lento. La disculpa, la observación del hábitat marino, como la tierra, el mar era rico en cantidad y en diversidad, peces y crustáceos diminutos de las costas contrastaban con los monstruosos cetáceos que pululaban por el océano, la cámara grabó con detalle la superficie y el infrarrojo, las profundidades. Serían bien recibidas estas imágenes por apasionados oceanógrafos y biólogos marinos de su planeta.

Ya en la costa, divisó lo que podía llamarse una gran ciudad en comparación con las aldeas del norte. Toda ella estaba amurallada, a sus pies una amplia y profunda bahía que se adentraba en el interior en forma de río, el tamaño diminuto de los barcos que allí anclaban contrastaba con las enormes instalaciones portuarias. No pudo evitar pensar que aquel lugar había conocido tiempos mejores, rodeando la ciudad amurallada enormes campos de alineación impecable embellecían el conjunto con toda gama de coloridos. Casi en el centro de la ciudad, en un promontorio, destacaba un edificio de altas torres que terminaban en forma piramidal, en su cumbre ondeaban largos lazos de diferentes colores. Hacia allí dirigió Rangil su haz de búsqueda.

EL PUEBLO DEL SUR

Un hombre alto de enormes huesos, pero consumido en su delgadez, se sentaba enjuto en un sillón frente a una mesa revolviendo, que no leyendo, lo que parecían ser manuscritos. Unos golpes en la puerta de la amplia estancia precedieron a su apertura, una mujer altiva, pero a la que la congoja delataba como portadora de malas noticias, entró. Detrás de ella, cuatro anguijanos más de ambos sexos, todos juntos se aproximaron a la mesa donde se encontraba sentado Benradon.

—Aciagos días, Benradon, hemos perdido casi toda la cosecha de zaidas. Ha sido arrasada y quemada cuando ya casi estaba lista para ser recogida. En el mercado del este los

ismistas han causado treinta y cinco muertos antes de ser abatidos y en Indala una granja ha sido saqueada y sus propietarios descuartizados —había dicho Adonai.

Jafar, ministro de la guerra, tomó la palabra:

—Tengo preparados veinte carros y doscientos andantes para hacer una incursión de castigo.

—Si esto era posible —habló Benradon hundiéndose en su asiento—, por fin, dadme una buena noticia, por favor.

La ministra de relaciones cívicas, creyéndose poseedora de una no tan mala decidió comentar:

—Varias familias del puerto dicen haber recibido la llamada y piden tu ayuda para construir un gran navío capaz de transportar a ciento cincuenta personas.

Con una aspiración profunda, Benradon se enderezó dispuesto a sacar de su debilitado organismo la energía para tomar las decisiones oportunas. No podía delegar en nadie su soledad, la determinación era lo que le había permitido llegar hasta ese día, eso y la responsabilidad, dejaría su vida en dignificar la confianza que en él había depositado su pueblo.

—Jafar, quiero que hagas un análisis de los suicidas y determines sus familias. Ve y destruye sus casas, pero deja que saquen sus pertenencias y, por favor, evita en lo posible heridos, que el ejército solo dispare para defender su vida.

»Yiza, diles a esas familias que no puedo ni debo ayudarles, ya conoces nuestra política de no intervención. No sabemos lo que les deparara en el lugar de donde nunca nadie ha vuelto y no podemos facilitar la salida, precisamente, de la gente joven que tanto necesitamos. De hecho, si la ley me lo permitiera, intentaría detenerlos. Por favor, Adonai, dile al jefe del Vasaf que voy a salir.

Camuflado en las vestimentas que mejor disimulaban su delgadez y acompañado de su esposa y un quinteto de vasafs pulcramente uniformados, la comitiva presidencial se dispuso a dar moral de normalidad en el quehacer diario. Las casas de los ciudadanos empezaban a escasos cien metros de la de los mandatarios, partían en todas las direcciones separadas con anchas calles, las viviendas, todas de tres alturas, empezaban en tonos muy suaves que iban intensificándose con cada bloque. De esta manera, la primera empezaba en blanco y la última terminaba en negro pasando por toda la gama de grises; la hilera de enfrente lo hacía con un crema pálido para terminar en marrón oscuro y así toda la ciudad que se expandía en un abanico circular.

Era un día claro sin apenas nubes, así que, sin más dilación, comenzaron a andar, saludando a la atareada gente que se afanaba en mantener limpios sus hogares y aceras, otros, más adelante, reparaban el adoquinado de la carretera. Mientras saludaba sonriendo, la mente de Benradon repasaba todas sus acciones pasadas en busca del error, qué es lo que había hecho mal, se preguntaba, no hacía mucho tiempo los ismistas trabajaban en sus campos y en sus mercados llevándose lo que necesitaban para sus hogares a cambio, aunque con ciertos restos de desconfianza; inevitables debido a experiencias pasadas. Eran tratados con respeto y poco a poco habían ido exportando a otras zonas la misma calidad de vida que aquí disfrutaban, hasta el punto de construir otra ciudad casi tan grande como Janel, solo hubiera sido cuestión de tiempo que fueran autosuficientes como lo eran ellos

mismos, pero entonces, otras ciudades más alejadas habían esparcido su veneno. El odio y el rencor de historias antiguas había anidado en las mentes más retrógradas e ignorantes, emponzoñando todo lo que tocaban, el aguijón había sido desenfundado otra vez y ya nadie podía sentirse seguro. Los que antes eran sus vecinos, se habían convertido en sus enemigos porque decían haber sido desposeídos de su tierra, con todos los lugares aún por descubrir en ese planeta, porque se empeñaban en destruir este diminuto lugar.

Cuando salió de sus divagaciones, se encontraba ya en el mercado del este. Nada parecía haber ocurrido allí, todo estaba pulcramente limpio y colocado, todos sabían lo que había que hacer, lo sucedido pasó y no era necesario crear más alarma, sobre todo para los más pequeños. No hacía falta que crecieran en el despecho, pero hasta cuándo podrían seguir así, el desánimo se estaba apoderando de la ciudad. Era una losa que hacía a esta gente de antaño orgullosa de su trabajo, andar cabizbajos, ser humildes era una virtud, pero estar humillados era algo que no podían permitirse.

De todas partes salieron personas a saludarle, no solía acudir allí a menudo, todos lo llamaban por su nombre; al que le ofrecía un abrazo, un abrazo recibía, la mayoría era consciente de su debilidad y simplemente le arrimaban su hombro. Benradon, que se encontraba al borde del agotamiento físico y emocional, aguantó como pudo el entusiasmo de la gente, hasta que su esposa, Jaicia, decidió que ya era suficiente y, disculpándose, le instó a que entrara en el vehículo tirado por cuernigambos que les había estado siguiendo.

Jaicia admiraba a su esposo y creía en la sana intención de sus propósitos, pero no veía con buenos ojos que se dejara la vida en ello, dentro de poco no sería útil ni para su pueblo ni para su familia. Ella, que se había criado en un zamut, trabajando después de sus estudios hasta el anochecer en las huertas y en el cuidado de los animales, sabía que uno solo se podía ocupar de los demás cuando estaba sano y lleno de energía, que solo se podía dar de lo que uno no necesitaba para sobrevivir.

Una cosa era cuidar entre todos de la huerta del que estaba enfermo y otra dejar que la tuya se marchitara por ayudarlo. Había un límite y ese lo marcaba tu propia energía; resultó difícil para ella salir de ese círculo y dejar sin ella misma a la comunidad en la que había nacido, pero en un momento sintió que podía y quería ser útil a otro nivel, la claridad con la que comprendía el mundo que la rodeaba le hacía sentirse menguada en aquel ambiente y cuando conoció a Benradon de visita en otro zamut próximo, supo inmediatamente que sus destinos estaban unidos, pero ahora sufría porque sabía que era un camino sin retorno y tenía que resignarse impotente, viendo como su amado se consumía en un dilema sin solución.

Lo habían hablado miles de veces, podían aplastar con su ejército a toda la población vecina, pero luego no podrían vivir con ello. Además, seguramente nunca terminaría: vendrían otros, poco a poco irían llegando de otros lugares, los sin funda y acabarían desgastando su voluntad y forma de vida.

Solo Eza conocía la respuesta a sus problemas, pero últimamente parecía haberlos olvidado. Por un fugaz instante, el dolor le hizo juzgarlo y pensó: «¿Por qué nos abandonas ahora, cuando siempre hemos seguido tus enseñanzas con devoción? Mira el sufrimiento de tu pueblo y actúa».

Pero en ese instante pasó al contemplar a Benradon abatido, así que hizo lo único que podía hacer: le confortó con sus mimos, no le fue difícil expresar el inmenso cariño que

sentía por él, lo que él recibió por tanto fue amor y la lástima, que hubiera herido su orgullo, no pasó por su cabeza.

Después de dejar a su esposo en los aposentos, Jaicia se dirigió al templo, sentía que debía reconciliarse con el enviado. Dos grandes esculturas abrazadas de Ezrael y Ara destacaban al fondo, rodeadas de altas y finas columnas repujadas en materiales brillantes. Esto les hacía parecer inasequibles, sin duda, podían escucharte, pero no podías acercarte a ellos. Las paredes estaban repletas de pinturas de animales, hombres y paisajes terrestres, las figuras de Ezrael y Ara se encontraban en muchas de las escenas realizando actividades junto a otros janelianos. El techo mostraba en su parte más baja el cielo diurno con el sol y las nubes y en la cúpula central, con forma de alas, el nocturno en el que lucían miríadas de estrellas. Divididos por amplios pasillos, había en el suelo numerosos camastros en forma de ataúdes sin cerrar. A uno de ellos se dirigió Jaicia, tendida y con los ojos cerrados, se dispuso a comunicarse con Eza.

—Maestros, sé que me elegisteis para ser la luz de Benradon, pero cómo puedo alumbrar su camino si el mío propio me es inescrutable. Siempre vi con claridad los actos ajenos y propios, siempre fui capaz de comprender la esencia de su intención, pero ahora nada tiene sentido, por más que intento entender las razones que mueven a este mundo y a su gente.

Mientras esperaba la respuesta, concentró su atención en el centro de su frente imaginando un canal hacia las estrellas y limpió su mente de todas las preocupaciones cotidianas para que este tuviera el camino libre hacia su mente. La respuesta no se hizo esperar.

«Esta lucha no te corresponde, ayuda con tu saber, tu ejemplo, tu estar y no temas, pues el camino está prácticamente construido».

Las palabras visualizadas en su mente no la tranquilizaron en demasía. Sabía por experiencia que para Eza el concepto de tiempo era muy diferente del suyo y prácticamente podían ser lo mismo tanto los meses como los años, solo quedaba rendirse. Con un suspiro, dio las gracias y abandonó su meditación.

Mientras Jaicia se dirigía a despachar sus labores de copresidente, en Indala, la muchedumbre se había reunido frente a la casa de la delegación clamando venganza. Una mujer de edad avanzada se erguía desafiante ante su puerta e intentaba calmar a la multitud.

—Sufro esta pérdida igual que vosotros sufristeis cuando a mi amado Cared lo asesinaron. Ahora, solo espero que mis días acaben pronto para reunirme con él. Mientras tanto, cumpliré mi responsabilidad, entiendo vuestra rabia, pero no es desde el rencor donde podemos tomar las decisiones. Organizaremos grupos de guardia en los límites, pero no habrá acciones de represalia, eso no nos corresponde a nosotros.

—¿Quién hará el trabajo que ellos dejen? —gritó uno—. ¿Hasta cuándo vamos a estar esperando que vengan a matarnos sin hacer nada para impedirlo?

—Si los elegidos no nos protegen, lo haremos nosotros —dijo otro, enseñando su aguijón desenfundado—. La mejor forma de defender a nuestras familias es eliminando a los que nos atacan.

—No hagáis nada —dijo Airia, retomando la palabra—, dejad que hable con Jafar.

La discusión siguió en la calle, pero ella se desentendió volviendo a entrar en su casa, nada más podía hacer, nada más podía decir. Tal vez si Cared hubiera estado, no, habría dado igual, ella sabía lo que él sabía, que este mundo estaba perdido.

Una larga columna de guerra abandonaba la ciudad, atravesando, luego, los campos en dirección al este. Los andantes, con grandes escudos y lanzas en ristre, los carros acorazados de metal, llevaban en su interior cuatro cuernigambos a modo de tracción. Sobre sus arneses, una plataforma donde se encontraban seis arqueros, sendos boquetes a la altura de sus flechas revelaban su capacidad de destrucción, pero ya en las inmediaciones de la aldea ismista, su poder se vio frenado por varios niños y adolescentes que salieron a su paso: ocupaban todo el camino y blandían su aguijón. Un cántico común los animaba: «Las aguas sin fin os esperan, allí os echaremos, ese es vuestro sitio».

LA DECISIÓN

Antes de opinar, Rangil necesitaba más información, así que dirigió su atención a lo largo de la costa, pueblos y ciudades se sucedían en la desembocadura de los grandes ríos del interior, hasta que una ciudad, por su magnitud, llamó su atención. Era, al menos, tres veces más grande que Janel. Sus murallas se perdían hacia el sur y altas torres immaculadas terminaban en una cúpula transparente. Se levantaban por cada rincón entre humildes casuchas sin terminar. Sin orden, lucían también sus campos desperdigados en la distancia. Muchos de ellos, en su soledad, amenazados por el bosque. Nada en especial diferenciaba, en cuanto a geología se refiere, de Janel, pero sin duda, su gente no era tan disciplinada o bien no tan displicente.

Rangil eligió una torre al azar. Varios hombres discutían, pero su discusión no era acalorada, más bien parecían disfrutar de ello, aunque solo su conversación convergía en el mismo sentido cuando hablaban de los janelianos. Ellos tenían la culpa de que su ganado muriera por misteriosas enfermedades o de que sus huertos florecieran a destiempo cuando la meteorología era adversa. Realmente estaban convencidos, observó Rangil. En sus corazones estaba instalada la perplejidad y no encontraban otra explicación a lo que les sucedía. Era gente de paz, su tradición y creencias así lo determinaba, pero tenían que hacer algo para cambiar la situación. El pueblo se quejaba constantemente y sus privilegios estaban en entredicho.

Antaño rica y floreciente, su ciudad se marchitaba. Sus bellas telas y armoniosas tallas decoraban los hogares de todo el mundo conocido. Los cantares y versos de sus eruditos eran recitados por todos los confines y su cultura respetada en todas las poblaciones. Habían repartido su sabiduría con generosidad. Los lugareños realizaron puentes y construcciones siguiendo su dictado con el único precio de permitirles el paso y el comercio. Habían conquistado el mundo, todo lo bello y de valor había sido concebido o fabricado en Ismia. De todos los lugares llegaba gente a consultarles cómo podían resolver sus problemas trayendo regalos a cambio, pero tal vez por falta de objetivos habían perdido

la ilusión. Rangil ahondó en sus corazones para ver el sentimiento de que algo les faltaba, la vanidad del buen hacer de su trabajo ya no era suficiente. Se miraban unos a otros sin saber qué aportarse; ya se habían dicho todo, podían dedicarse ociosos a disfrutar de todos los placeres, pero eso ya lo habían hecho cientos de veces. Hijos de las casas nobles de la ciudad, desde niños, ya lo tuvieron. Aburrimiento y apatía fue lo que con más fuerza percibió Rangil.

En otra ala de la torre, varias mujeres conspiraban. Eran conscientes de que la imaginación de sus hombres se había agotado, pero qué podían hacer ellas. Hasta ahora, las habían tratado bien. Tenían las mejores ropas y joyas, sus casas eran la envidia de sus vecinas, sus hijos solo se dedicaban al aprendizaje de las artes y las letras, no tenían ningún trabajo asignado, ¿qué más podían pedir? Pero sus cuidados rostros se hallaban ensombrecidos por la misma apatía que vio en los hombres.

Dirigió su atención a lo que parecía ser un templo de forma, totalmente circular. Su estancia estaba vacía de cualquier adorno, excepto las paredes decoradas con dibujos estelares, galaxias y constelaciones que se alternaban por doquier y, en el centro, una piedra meteórica protegida por una verja de metal. Varios fieles se reunían alrededor, murmurando oraciones. En una sala anexa, cubierta de una cúpula de idéntica forma, pero de mucho menor tamaño, unos jóvenes recibían instrucciones del que parecía ser su guía espiritual. El respeto y la admiración eran sus emociones más fuertes. La devoción estaba grabada en sus corazones hasta el tuétano, este decía:

—Las enseñanzas de Basnada, nos muestran el camino. Él nos dijo: «Poned luz donde haya oscuridad, poned vuestra carne donde haya vacío, procread para llenar los confines del mundo para que la esencia de la que os proveo, alumbre todos los lugares en vuestra representación y en la mía».

»Debemos, por tanto, llegar tan lejos como nos sea posible y poner luz en los ciegos ojos que no recibieron sus enseñanzas. Basnada nos eligió para poner claridad en los otros pueblos y es nuestra obligación dirigirles por el camino hacia él. No nos encargó una tarea fácil, muchos en su ignorancia no lo entenderán, pero no debéis cejar en vuestro empeño y, aunque alguna vez os toque sufrir e infligir dolor, sabed siempre que lo hacéis por el bien. Vuestra intención ha de ser siempre noble, pues el fin que perseguís es divino, pero no flaqueéis ante los enemigos de nuestro guía, pues si vuestra fe falla, no será la luz infinita de Basnada la que se pierda, sino la vuestra para toda la eternidad. Y entonces, solo la negrura acompañará, a partir de ese momento serán miserables vuestras vidas, así como los descendientes de vuestra stirpe.

Rangil podía recorrer con su haz todos los lugares de la ciudad, pero algo en su mente llamó su atención. Sin duda, era el momento de actuar y la forma de acción que él conocía era aplicar alguna o varias de las doce leyes.

Pero antes necesitaba una reflexión. Por experiencia, sabía que solo tenía que relajarse y dejar que fuera el problema el que buscara, en su mente, el mejor ejemplo que mostrar. Por eso, aunque extrañado, siguió su línea de pensamientos cuando estos le llevaron a su mundo. Por supuesto, en el pasado hubo guerras, atrocidades, aparentemente sin sentido, que sembraron el caos. Unos mataban a sus vecinos para apropiarse de sus tierras mientras eran echados de las suyas por otros, venidos de más lejos. Hasta que las fronteras se hicieron tan fuertes que ya no era viable la expansión fuera de la frontera propia. Entonces, los humanos empezaron a gobernar el aire para poder destruir a distancia, pero eso mismo

les hizo darse cuenta de su propia vulnerabilidad, todos podían destruir a todos. El equilibrio del miedo fue, por tanto, ganando terreno y serenó los ánimos de los más belicosos, pero su mundo nunca se había detenido. Los hombres y mujeres siguieron inventando una mejor forma de producir y conservar alimentos, medios de transporte más rápidos, comunicación inmediata entre todo el globo. A medida que se iban descubriendo nuevas formas de obtener energía, también lo hacían diferentes aplicaciones de ellas. Hubo un momento en que parecía que los recursos del planeta estaban a punto de agotarse, pero la gran maestra Asmov descubrió a todos, lo que siempre había existido la Energía Universal.

Ella demostró que todo en el universo estaba compuesto de la misma energía que se concentraba con diferentes códigos para formar cosas distintas. La energía de todas las cosas, por tanto, no desaparecía cuando estas perdían su forma, simplemente, dejaba de ser vista por los ojos humanos. De hecho, lo que en su día se consideraron sofisticados túneles de bombardeo de partículas, comenzaron a seguir su rastro, pero Asmov fue capaz de ver la humilde sencillez dentro de la complejidad a la que se estaba llegando en aquel momento. Ella, en contra de las creencias de entonces, demostró que los humanos, al igual que los demás animales, plantas o cosas éramos energía inteligente, puesto que era imperativo que la energía tuviera inteligencia si la reconocíamos. La capacidad de adoptar formas y expresarse, se dedicó, en lugar de perseguirla como hacían sus homónimos físicos, a llamarla como a ella le gustaría ser solicitada: con cariño y respeto. Y así de simple, la Energía Universal acudiría a cualquier lugar que le fuera apetecible.

La humanidad cambió inevitablemente, pues la energía inteligente solo acudía a raudales para proyectos sabrosos, aquellos en los que el amor y la armonía eran el objetivo. No había elección, nadie fue tan estúpido como para rechazar este bien inagotable. Por supuesto, a la nave la construyeron máquinas que, a su vez, fueron concebidas por humanos, pero resultó muy fácil porque la energía estaba de acuerdo en formar parte. Para el combustible que la alimentaba, solo se necesitaba un recolector: una bañera de burbujas donde la ociosa energía del espacio acudiera a darse un baño de vibración.

Al principio no resultó tan sencillo, sectores de poder trataron de impedir la implantación de la nueva energía, pues hacía obsoletos muchos de sus medios de producción. Gente de todas partes se rebelaba a que una energía caprichosa gobernara sus vidas, pero al final, la implacable ley del comercio puso las cosas en su sitio. Si intentabas hacer algo en lo que la mayor parte de la energía disponible no estaba de acuerdo, le costaba mucho conseguir y, por lo tanto, su precio no era competitivo. Pero si era algo que la atraía, podía ser bueno y al alcance de todos, por tanto, la humanidad, en un momento de lucidez, decidió que sí, que la energía era caprichosa, pero no más que ellos mismos. El mundo la reconoció y se convirtió en su aliado. Desde entonces, habían pasado por épocas de todo tipo: elitistas que coleccionaban todo tipo de artículos difíciles de obtener convivían con humanistas dedicados al estudio y divulgación que era hacia donde se inclinaba, en mayor medida, el deseo de expresión de la Energía Universal. Pero no, por ser generalizada no era diversa, al igual que el ser humano. La diversidad era la norma y todo podía ser si uno tenía la paciencia suficiente para esperar la energía afín, ya cada ser humano conocía la esencia de esa energía y se reconocía en ella, dedicándose a lo más acorde con su sentir. Había tanto por crear, tanto por imaginar.

Rangil se dio cuenta de que estaba divagando. No era por ahí donde quería llegar su reflexión, sino hacia la historia de su mundo. No siempre hombres y mujeres habían

andado juntos en igualdad. Desde que se tenía constancia, la alternancia había sido la norma a periodos muy antiguos donde la madre gobernaba su entorno. Siguiéron otros en los que el hombre, hizo valer su supremacía física y diversas religiones y comportamientos se dedicaron a relegarla a sus labores de hembra, pero no fue hasta hace poco más de trescientos años, que hombres y mujeres comenzaron a reconocerse como iguales, entonces el avance se hizo imparable. Al principio, siglos de sometimiento hicieron que la mujer fuera más cauta y dejó parte de la iniciativa a la vanidad del hombre. Donde la imaginación de uno terminaba, la del otro daba un empujón; donde el hombre comenzaba sin dirección, la perseverancia de la mujer le daba forma; cuando la mujer se estancaba, al hombre siempre se le ocurría otra tontería a la cual la mujer podía hacer práctica. Pero enseguida, ambos se alternaron en estas funciones hasta que los hombres aprendieron la practicidad y las mujeres a imaginar cosas sin sentido.

Sin duda, esa era una de las claves para que este hemisferio permaneciera estancado. Los janelianos vivían asediados por un mundo donde los hombres gobernaban sin tener en cuenta a la parte femenina de su población.

Dirigió otra vez su atención a la torre. Escogió a la mujer que parecía liderar al grupo y depositó en su mente el deseo impensable, hasta entonces, de dominar al hombre. Solo sería en el sexo, solo un juego y en el hombre que ella tenía en su corazón relajó sus preceptos. Él estaría, por tanto, dispuesto a dejarse llevar en la intimidad de su alcoba donde nadie fuera testigo.

Rangil podía ya imaginarse el resultado: el hombre disfrutaría del aporte de ella y la dejaría inventar. El sexo sería, a partir de entonces, un juego de dos y, por lo tanto, el doble de divertido. Al principio, se avergonzaría de ello, pero los demás comenzarían a envidiar su feliz semblante y, algún día, contaría su secreto a su mejor amigo.

La semilla ya estaba prendida, pero esta acción de grado tres no sería suficiente para dar un salto cuantitativo en la felicidad de este lado del mundo. Tendría que buscar algo más efectivo a corto plazo.

Si una de las cosas que faltaba en esta sociedad era el aporte de la parte femenina, debería enfocarlo desde su lado *ying*. Por supuesto, sabía cómo pensaba y sentía una mujer, fue parte de su aprendizaje y una de sus dedicaciones más placenteras. Le encantaba la compañía femenina, pero sabía que el regalo del sexo solo escondía el verdadero motivo para buscar su presencia. Con ellas aprendía a cada instante y Rasa no dejaba de sorprenderle, aunque solían estar de acuerdo, ella siempre encontraba un camino alternativo a sus afirmaciones, sembrando, por tanto, otra nueva línea de pensamientos en él. Cuando él creía tenerlo todo colocado y en orden, ella siempre se apañaba para desbaratar sus teorías infalibles, pero, en fin, si había algo que le gustara más que la coherencia de su entorno, era construirla.

Retomando el momento actual, dictaminó: una cosa es saber cómo piensa una mujer y otra pensar como ella, así que, como le estaba privado comunicarse con personas durante una misión, pues nadie en la distancia podría juzgar la situación mejor que él, trató de imaginar cómo se sentiría Rasa al respecto.

Enseguida, tomó partido el pueblo ismista, gobernado por charlatanes egocéntricos que despreciaban a sus mujeres. No era el camino el proyecto válido donde promover la felicidad. Le representaba Janel a pesar de su pequeñez. Debía ayudar a mantener viva la

ilusión de los janelianos mientras imbuía nuevas ideas en los ismista, pero su mente no paraba, era consciente de la importancia y seriedad de su misión, mas no podía evitar el entusiasmo que la complejidad de este mundo le producía. Por un lado, había una parte del planeta que vivía en armonía y aparente felicidad, pero en estado primitivo y, la otra, estaba ocupada por una civilización más avanzada, pero en desequilibrio.

Dado el gran mar que los separaba, ambas civilizaciones no podrían mezclarse en un futuro inmediato, así que su labor también debería ser dividida en dos frentes distintos, o tal vez no, la comunicación existía, aunque solo fuera en un sentido. Esperanza siempre grababa lo que él decía, así que pasó sus pensamientos a voz.

Hemisferio sur, ocupado por seres idénticos a los pobladores del norte, pero con una civilización de grado seis, cohabitan distintas creencias según los lugares. En unos, adoran a un dios de origen celestial: mitad maestro mitad misterio y, en otros, a humanos de tiempos pasados convertidos en ejemplo a seguir. Ambas comunidades, inminentemente agrícolas, basan su economía en el comercio y su expansión es a través de su cultura. Por número, la que adora a un dios celestial, ha debido ser la primera y la que ha ostentado la hegemonía durante largo tiempo, la segunda parece haber nacido en tiempos recientes, pero confinada a un gueto. Pese a tener una cultura más próspera y vital su dedicación actual. Dado el antagonismo que provocan, se ve abocada a la mera supervivencia. No obstante, debo inclinarme por ella para establecer la futura felicidad en este hemisferio, pues la otra está en clara decadencia y sus objetivos no incluyen la creación de nada, sino tan solo la destrucción de los que consideran sus enemigos.

Rangil sabía que, a veces, la evolución humana resurgía de la destrucción, pero él estaba allí y tenía una misión. Lo tenía claro. Si tenía que poner su energía en algún sitio, sería donde el objetivo era la integración y la innovación y no la mera aniquilación de lo ya existente.

Se dispuso, por tanto, a ayudar y cuidar a los janelianos sin decidir por ellos ni anular su voluntad.

RENUNCIA

Jaicia se despertó sobresaltada para ver cómo Benradon se revolvía en un sueño incómodo. Como tantas otras veces, sabía que el motivo del desvelo era recordar su sueño, hacía tiempo que no tenía sueños verdaderos, como los llamaba ella, porque había sido consciente durante el sueño de estar soñando, pudo así percibir como real todo lo visionado. Tenía la misma nitidez que la vida presente, aunque no fuera así su capacidad de dirigirlo. De hecho, a pesar de saber que estaba en él, el sueño la dirigía a ella. Cuando quiso aprovechar para subir a una muralla y lanzarse a volar, lo único que consiguió fue posarse dulcemente y entonces el sueño terminó.

Sus recuerdos empezaban en una sala llena de luces, pero estas no provenían de una llama, no reverberaban, estaban fijas. En una de las paredes aparecía un gran cuadro cuyos motivos se movían como cuando uno miraba por la ventana al ajeteo de la ciudad. En él se

veía gente proveniente del campo retirándose a sus hogares. En la ciudadela se mostraban a los guardianes de la puerta, sus manos desnudas, pero en estas, inexplicablemente, ninguna funda alargaba su dedo más pequeño ni había agujijón en él. El guardián comprobaba esto y los dejaba pasar. Cuando un hombre escondió su mano, se pusieron alerta y amenazantes. Este mostró su dedo enfundado en señal de buena voluntad. Venía de muy lejos y enseñó su alforja llena de utensilios que pretendía cambiar por ropas para su hija que iba a casarse. Los guardias, le dijeron, ahora más amables, que lo sentían, pero que la única forma de que pudiera hacerlo es que los acompañara a un lugar donde le fuera extirpado el agujijón. Animándole con que, aunque al principio sería doloroso, enseguida su herida curaría y no sufriría otras secuelas. Apoyando sus palabras, mostraron las cicatrices en sus propios dedos. El viajero se apartó de la puerta, incrédulo, sin saber qué hacer, mientras contemplaba cómo otros proseguían su marcha hacia el lugar deseado.

De repente, el cuadro quedó tan negro como la noche sin luna. Las luces de la sala se reflejaban en él como estrellas, al tiempo que se sentía desaparecer de ese sitio para aparecer vagando por las calles silenciosas, pero no eran las de Janel. Todo le resultaba extraño en aquel lugar, aunque pudo apreciar con todo detalle el desconchado en la fachada de una casa y la tenue luz de una lámpara en otra. Sintió que este no era su sitio, no lo quería para ella. Decidió subir a la muralla adyacente a través de unas escaleras y sabiendo que era un sueño se lanzó al vacío dispuesta a volar hacia su hogar; allí despertó.

No quería molestar a Benradon, decidió esperar al alba. No intentó volverse a dormir, pues temía olvidar el sueño. Sabía, por experiencia, que los sueños, por muy aterradores que fueran, no se incorporaban a sus experiencias de vida ni pasaban a formar parte de sus recuerdos, a no ser que pusiera mucho empeño en ello, desaparecían apenas despuntaba el día como si nunca hubieran existido.

Así que se levantó y después de plasmar en papel su sueño, se dedicó a preparar el día. Le esperaba mucho trabajo, se conmemoraba el día del nacimiento de Ara y cada hilera de color expondría su creación. Una escena de lo que Ara haría en el momento actual tal y como lo veían los habitantes del barrio constructor. Ambos, Benradon y ella, debían elegir a la que consideraban la mejor y esta sería mostrada durante diez días en la plaza presidencial y la hilera en cuestión engalanada con los colores del resto del vecindario.

Ya se había aseado y tomado su desayuno cuando oyó desperezarse a su amado Benradon, aunque estaba ansiosa por contarle su sueño, se reprimió, pues como a ella misma, sabía que a él le gustaba adaptarse al nuevo día, despacio. Cuando uno se acostaba, dejaba colocadas y en orden, más o menos, las cosas de su vida. De otra forma no había manera de conciliar el sueño si la mente era bombardeada por la preocupación, pero cuando amanecía, se daban cuenta de que todo estaba otra vez patas arriba y tendrían que dedicar el día entero para volverlo a su sitio. Así que se afanó en elegir el mejor atuendo para ambos. Debería ser una vestimenta festiva, pero no exuberante, pues una de sus obligaciones para ese día, sería visitar a las familias de los caídos. Ya habían decidido separarse, repartiéndose los hogares por zonas ya que, de otra forma, necesitarían otro día. Uno de los muertos había sido la hija de una prima suya y quería estar con ella, sin que la prisa la acuciara.

Durante el trayecto en carro, decidió abordarlo.

—Si decidiéramos —dijo— renunciar a nuestro agujijón de manera definitiva, podríamos distinguir a nuestros enemigos. Si nuestro pueblo y todos los que están con

nosotros dejara de tenerlo sabríamos en quién confiar y en quién no. Al fin y al cabo, solo sirve para que la gente se mate por accidente o en un momento de ofuscación. Cualquiera puede quitarse y ponerse la funda, tener buena voluntad en un momento y convertirse en un asesino al siguiente, pero si ya no la tiene, habrá renunciado para siempre a esa posibilidad.

Después de un instante de reflexión, Benradon contestó:

—Nacemos con él, es parte de nosotros igual que cualquier otro órgano, también las flechas lanzadas por nuestros brazos matan, ¿debemos renunciar a ellas? En su día, era un medio de defensa, estaba claro el objetivo. El veneno de nuestros agujijones no es dañino para nosotros mismos y sí para el que nos ataca, solo nuestros progenitores están a salvo de nuestro veneno, pues está claro que no podemos quitar la vida a quienes nos la dieron. Pero es sencillo, cuando estamos entre nuestros amigos, una funda los protege, pero si somos agredidos siempre está a nuestra disposición.

—Tú mismo lo has dicho, hace tiempo dejó de ser un medio defensivo, desde que una lanza o una flecha pueden matar a distancia. El agujijón ya no es un arma de guerra, sino un recuerdo ancestral que cubrimos con vergüenza. Si hemos sido capaces de evolucionar mejorando nuestras herramientas, ¿qué hay de malo en que nos mejoremos a nosotros mismos, deshaciéndonos de lo que ya no es útil y que solo nos muestra ante los otros como un peligro para ellos? Recuerda cuántos accidentes y desconfianza ha provocado.

—Pero eso solo nos haría más débiles ante nuestros enemigos que sí lo tendrán y no creo que ahora sea el mejor momento siquiera para proponerlo. Esta medida no sería nada popular, la gente pensaría que estamos locos.

—Pero no te das cuenta de que el agujijón solo nos limita, que nos impide entregarnos sin miedo al otro —insistió Jaicia—. Qué mundo maravilloso sería en el que pudieras abrazarte a un desconocido sin reparos. Mostrarías tu dedo sin agujijón, él mostraría el suyo y seríamos hermanos de evolución. Un ser nuevo por decisión propia. Qué mejor forma de demostrar nuestra buena voluntad que renunciar a nuestra capacidad de hacer daño.

Benradon no pudo dejar de ver la belleza de esa idea, pero reticente respondió:

—Sí, como dices, debería ser por propia convicción, ¿cómo vamos a conseguir esa unanimidad en nuestro pueblo? Tú, que eres siempre tan práctica, ¿cómo se te ha ocurrido pensar en algo tan complicado y precisamente en estos momentos?

—Fue algo que Eza puso en mi sueño. Supongo que como ellos decían: «A grandes males, grandes remedios». Lo sentí muy real, siento aún en mis dedos el tacto de las cosas.

Si había algo que había aprendido Benradon era a respetar los sueños de Jaicia, por supuesto, no todos se habían convertido en realidad —al menos aún—, pero debían ser tenidos en cuenta porque, en varias ocasiones, habían servido para dar un salto cualitativo en el bienestar de su pueblo y el suyo propio.

—Centrémonos en nuestros quehaceres de hoy. Lo que propones es demasiado complejo para abordarlo en un día tan atareado.

Solo pudo estar de acuerdo en esto último, así que guardó silencio cuando se acercaban a la primera representación del anual de Arallas.

La hilera rosa pálido exponía una figura gigante de Ara pisoteando diminutos ismistas que trataban de huir despavoridos. La escena era explícita, daba a Ara el poder y la intención de acabar con ellos.

Benradon y Jaicia felicitaron a los jóvenes que habían realizado ese estupendo trabajo. Sin duda, el enorme armazón de madera que soportaba las hermosas vestimentas de guerra de Ara, así como su bello rostro, merecían reconocimiento.

La siguiente hilera lila violeta mostraba orgullosa una escultura de Ara atravesada por un túnel en el que los ismistas entraban por un lado altivos y salían por el otro sin ropas y andando a cuatro patas.

Los otros colores lucían escenas de Ara en situaciones semejantes. En la mayoría de los casos, al menos, vejatorias para los ismistas. Una sombra de desánimo empezó a dibujarse en los rostros de Jaicia y Benradon, hasta que llegaron a la hilera celeste azul oscuro ocupada, en su mayoría, por artesanos, compositores y gente de letras.

Aquí los jóvenes exponían a una Ara deslumbrante, rodeada de velas por todos lados, menos al frente, por donde figuras infantiles se acercaban a recoger regalos.

Al verlo, Benradon y Jaicia se miraron. Tras años de estar juntos, habían descubierto que, muchas veces, las ideas prendían en ellos al unísono. Por supuesto, podía ser porque su línea de pensamiento confluía, pero, a veces, pensaban que uno la ponía en el otro. Como siempre, Benradon, la hizo voz.

—Un premio puede ser la clave. Si renunciar al aguijón tiene una compensación sabrosa, tal vez, sea posible hacer tu sueño realidad.

El entusiasmo se vio enseguida ensombrecido por la cruda realidad que tenían ellos para ofrecer a tanta gente.

Cuando hubieron inspeccionado todas las calles, no tuvieron ningún problema en declarar ganador al color celeste azul. La realización de la obra era hermosa y nadie se sentiría ofendido.

Así lo hicieron saber y, mientras las demás hileras se disponían a engalanar a la ganadora con sus colores, ellos, después de una frugal comida, partieron uno para cada lado de la ciudad a visitar a las familias afectadas por el ataque.

CONSPIRACIÓN

La idea de un regalo a cambio de la renuncia podía ser buena. Ahora Rangil tenía que pensar qué podía darles para que ofrecieran a cambio. Su intención era que fueran, sin perder su cultura, convirtiéndose poco a poco en esos maravillosos sianos del norte, pero los argumentos de Jaicia le habían encantado. Si el pensamiento de ella representaba el de los janelianos, sin duda, ya iban por el buen camino.

No podía negárselo a sí mismo. En gran medida, la idea provenía de su propio deseo de que los sianos no tuvieran que volver a enfrentarse con los agujones cuando los janelianos llegaran a sus costas, pero creía firmemente que el bien era para ambos, de otro modo no hubiera intervenido.

En su labor de protegerlos en la medida de lo posible, decidió echar un vistazo a los ismistas, agricultores y ganaderos. Volvían ya de sus campos recogiendo en sus casas. Llamó su atención el hecho de que todos eran varones, aunque muchos de ellos solo eran unos niños. «Las mujeres, por supuesto, estarían en sus hogares», pensó, y se dispuso a comprobarlo. Efectivamente, en las casas, les aguardaban mujeres, pero muy pocas jóvenes y, menos aún, niñas.

«Estadística de población para ese lugar», pidió a Esperanza. A los pocos minutos, estaba en pantalla. La proporción entre los jóvenes era de dos mujeres por cada tres hombres, pero entre los niños era aún menor, de uno a tres. No resultó difícil averiguar el motivo, estaba grabado con horror. Las mujeres adultas habían tenido que sacrificar a sus hijas cuando estas eran las primeras en llegar, e incluso, algunas después del primer hijo varón. Solo en las casas donde ya había dos varones, convivían también niñas. En las mujeres jóvenes, además, apareció el sentimiento de rechazo a la maternidad. Varias de ellas habían provocado en sus cuerpos la infertilidad para no tener que enfrentarse a lo mismo que sus madres.

Pudo comprobar que en las castas más altas de la sociedad no sucedía lo mismo, pero estas suponían una minoría a medio plazo, por tanto, la población ismista estaría en clara recesión, teniendo en cuenta que, por ahora, los janelianos estaban tan limitados a su ciudad que, incluso, perdía parte de su población, cuando se aventuraban en las aguas, en busca de otro lugar del que nunca volvían, el futuro de esta parte del mundo no se presentaba muy halagüeño.

La pequeña mecha que había prendido en el pueblo ismista, no sería efectiva, ni siquiera, a medio plazo y, a pesar de que él lo sentía como positivo, tampoco podía estar seguro de las consecuencias de que la idea de renuncia al agujón podría acarrear, sin duda, en el norte, donde no existían depredadores ni otros peligros y toda la población estaba en las mismas condiciones, no representaría un problema. Pero aquí, el que solo una parte de la población no tuviera el agujón, podría colocarlos, tal vez, en una situación de inferioridad. «Tendría que volver al norte», se dijo sin disgusto para averiguar qué regalo era exactamente la pérdida del agujón y, sobre todo, cómo habían llegado a tomar la decisión de extirparle.

Tenía que actuar, pero con cautela, sin prisa. Debía animar, pero sin empujar. El ritmo sería el que ellos mismos se impusieran, esto era lo más difícil para Rangil pues, inevitablemente, el entusiasmo con el que afrontaba su misión le llevaba a querer ver resultados inmediatos.

Pero antes debía ganar tiempo para Janel y eso pasaba por ver los movimientos en los alrededores conflictivos.

Esperanza estaba dotada de un detector de rencor. Una herramienta muy útil para lo que le había llevado allí, pues procurar la felicidad pasaba, inevitablemente, por erradicarlo. Se necesitaban más cosas, pero esta era básica.

Un importante foco apareció en Indala, dentro de Janel, aunque no de sus murallas, pero otro aún más potente se alzaba en sus cercanías; provenía de un grupo ismista de la zona.

Todos hombres se reunían alrededor de un joven en postura de rezo.

—Por nuestro honor, tenemos que recuperar las tierras de nuestros antepasados para nuestra familia presente. Para ello, estamos dispuestos a entregar lo que nos es más querido, la vida de nuestros hijos. Basnada, viendo nuestro sacrificio los acogerá a su vera y nuestro pueblo recobrará su orgullo y si Janel se vuelve contra nosotros Ismia tendrá que actuar.

—Yo oí contar a mi padre cómo había vendido sus tierras a estos tontos Janelianos, porque estaban demasiado cerca del mar. Con lo que sacó, pudo comprarse el doble más al norte, junto al río, donde la sal no estropeaba las cosechas —dijo otro.

Todos le miraron con furia mientras el portavoz le contestaba.

—Tu padre fue un traidor, nunca debió vender su tierra a estos invasores y el tonto era él, ¿acaso no ves que son las más fértiles?

Ignorando al desertor, continuaron con sus arengas, llegado un punto de que comenzaron a alabar al joven por su valor. Había sido educado en la devoción a Basnada y era el momento de demostrarlo. Sus proezas serían contadas por todos los confines y cien generaciones lo recordarían. Le esperaba un lugar privilegiado junto a Basnada donde compartiría sus placeres.

El temor del joven Percivio era mayor por defraudar a sus mayores que por el acto que iba a cometer y del que no tenía duda, le costaría la vida. Su familia había sido pobre hasta ese día, pero a partir de entonces, sería reconocida. Sus hermanos se sentirían orgullosos de él y, por fin, su padre se daría cuenta de su valía.

Rangil no podía hacer nada respecto a la determinación del joven. Era muy fuerte y la manipulación no cabía en su mente, ni era una opción permitida. Pero su destino era el palacio presidencial, donde trabajaba en labores de limpieza y su misión, atentar contra uno o ambos presidentes. Si era factible, sería al día siguiente, así que tenía que actuar rápido.

Localizó a la figura paterna del joven. Se encontraba en el campo recogiendo las herramientas de arado y estaba solo. Era una suerte que así fuera. El joven estaba predisposto a ver a su padre por última vez a solas. Rangil, solo tuvo que alentar un poco su deseo. Poco antes de que el joven llegara donde su padre, este sufrió un desfallecimiento. Las fuerzas le abandonaron. El hijo llegó a tiempo de incorporarle y encaramarle al cuernigambo en el que le llevó a casa, ya en su hogar, el padre lo reconoció.

—Gracias, hijo, si no hubiera sido por tu ayuda, no sé qué habría pasado. No puedo sostenerme. Mañana tenía que sembrar. Si no recupero las fuerzas, todo lo que hemos hecho hasta ahora no servirá de nada y nuestro futuro está en esa cosecha. Si Basnada no me ayuda esta noche, tendrás que ser tú el que lo haga, ¿cuento contigo, hijo?

La duda empezó a crecer en el joven. ¿Acaso no era el reconocimiento de su padre lo que había buscado siempre? Su misión en Janel podría esperar, nadie podía obligarle a dejar a su familia desamparada y Basnada lo entendería.

El padre recuperaría sus fuerzas, pero sería pasados unos días. Tal vez, algo cambiará en el joven, tal vez no, pero en todo caso, estaría de vuelta para verlo.

A la mañana siguiente, Rangil se despertó rememorando cómo había sido elegido Maestro Felicidad.

Nunca había destacado por sus calificaciones escolares, excepto en la asignatura de aprender a pensar. En ella, no tuvieron que inculcarle nada, aunque aceptó con gusto algunas herramientas. Su capacidad de discernimiento era innata. De manera natural, comparaba todas las informaciones para sacar su propia conclusión y siempre encontraba algún matiz en lo generalmente aceptado. Su esencia rebelde le llevaba a ver más allá en cada situación y, su bondad, a hacerlo con justicia. Era muy bueno aprendiendo en un mundo donde todos tenían acceso al conocimiento humano. Rangil seguía escuchando lo absurdo, lo diferente. Tenía fe en la humanidad, de hecho, él se consideraba un humanista, pero se negaba a aceptar lo absoluto. Al fin y al cabo, había cada vez más casos en que lo que se daba por sentado, era solo porque no se había replanteado recientemente. Por ejemplo: durante milenios, las personas se habían dedicado a hablar convencidos de la nada, hasta que se demostró que la nada no existía, que solo existía el todo. Edason se empeñó en eliminar esa palabra del diccionario, era obvia su inutilidad, pero la costumbre, le había hecho sobrevivir. No tenía enemigos hasta que Edason decidió convertirse en uno.

Llevó a sus alumnos a una habitación sin muebles, ni adornos, solo cuatro paredes y les preguntó:

—¿Qué hay aquí?

—Nada —contestaron al unísono.

Al ver que él no quedaba satisfecho, uno aventuró.

—Espacio vacío.

Edason solo tuvo que fruncir el ceño para que sus alumnos se dieran cuenta de su absurda respuesta.

—Todos saben que la habitación está llena. Llena de aire, de agua, de partículas electromagnéticas e incluso de insectos microscópicos. —Viendo que comprendían, afirmó —: Esta habitación, igual que cualquier otro espacio del universo, está llena. —Observando la perplejidad de uno de sus alumnos le preguntó—. ¿Qué te pasa?

—Nada —se apresuró a contestar, confundido.

—Claro que te pasa algo. La sangre por tus venas circula a tal velocidad que tus mejillas se están coloreando. Tenemos la costumbre de contestar, porque lo dices o porque lo haces, con un por nada en especial. Cuando en realidad, todo es especial, todo es lo que existe, nada es una palabra que solo sirve para describirse a sí misma.

Los alumnos de Edason se convirtieron, de esta forma, en detractores de la palabra «nada». Pues según argumentaban, se había empleado para describir algo desconocido hasta entonces. Una vez desenmascarada la nada, el nombre, ya no tenía sentido. Con el tiempo, «vacío» y «nada» quedaron obsoletas y dejaron de usarse.

El argumento había sido irrefutable desde hacía ya casi doscientos años. Pero Rangil tenía su propia opinión, algo que había sido nombrado y pensado durante tanto tiempo: energía escrita, palabra y pensamiento. Deberían haberlo creado también. Aunque no podía imaginarse cómo podía crearse la nada. No descartaba su existencia, pues, sobre todo, le

disgustaba el hecho de que ponía, en cuestión otras muchas hermosas palabras millones de veces nombradas.

Al darse cuenta, con casi treinta años, de que su felicidad dependía constantemente de la felicidad de los que le rodeaban, hizo de su búsqueda, una cruzada. Investigó sus entresijos y su complejidad le cautivó cuando, pasados los años, en Oriente, se nombró un Maestro Felicidad. Cómo no, los gestores europeos decidieron tener el suyo propio y, para ello, publicitaron la existencia de dicha plaza. Rangil no dudó en presentarse, aunque no le gustaba el título y él tenía muy claro que era un aprendiz de todo. Decidió presentarse, tal vez le ayudaría a saber algo más sobre su perseguida felicidad.

Como muchos otros, se conectó al examen en el día y hora señalada. Las bases de este eran las siguientes: había que contestar a una sola pregunta en tan solo cinco minutos y en una extensión que no superara las doscientas palabras.

La pregunta resultó ser la siguiente: «¿Qué harías para mejorar la vida en este planeta?».

Como no había tiempo para pensar, Rangil dejó que fuera su corazón el que contestara:

«Buscaría a las personas, que, siendo sabias, también fueran extremadamente conscientes. Los descubriría por el aprecio de sus amigos por ellos, por la calidad de sus obras y por el bienestar de sus familias. Si son capaces de proveer armonía en su entorno, también lo serán en otro más amplio. Una vez localizados cien candidatos, les entregaría los recursos del mundo. Ellos no se presentarían voluntarios, porque la vanidad no los impulsaría, pero tampoco podrían negarse, pues en su consciencia de la responsabilidad en un bien mayor se verían arrastrados a administrar el mundo. Aunque eso les costara abandonar a sus familias y sus propias vidas si el objetivo merece la pena y cuentan con los medios para hacerlo posible. No discutirían en busca de mayor poder, porque ninguno lo desearía, simplemente, harían lo que tuvieran que hacer dentro de su capacidad.

Podrían equivocarse a la hora de elegir en quién delegar las funciones que ellos mismos no pudieran acometer, pero como su intención no sería enriquecerse ni enriquecer a los suyos, rectificarían hasta encontrar las personas adecuadas. De esta forma, el mundo mejoraría inevitablemente para todos los seres sin excepción».

A pesar de lo subversivo de su alegato, pues atentaba contra los poderes establecidos, debió satisfacer a los encargados del primer filtro y fue elegido dentro de los cincuenta candidatos para realizar un curso impartido por veintitrés que lo habían sido para Maestro Felicidad de Oriente.

Al terminar el curso, se les preguntó uno por uno si deseaban el puesto y por qué. Treinta y dos dijeron que sí y sus razones. Dieciocho declinaron diciendo que no podrían afrontar la responsabilidad que ello implicaba.

Automáticamente, los treinta y dos primeros fueron descartados, porque, claramente, no habían alcanzado la consciencia suficiente.

A los dieciocho restantes se les dijo que debían ser ellos los que eligieran, ninguno se votó a sí mismo, por supuesto. Rangil obtuvo diecisiete. Había caído en su propia trampa y aquí estaba trabajando por un mundo mejor, como otras veces que lo recordaba, se preguntaba dónde estaban los otros noventa y nueve que debían acompañarle.

Esta vez, no se demoró en el viaje. A los pocos minutos estaba ya en el norte observando a los sianos, solo habían pasado dos días desde que se había ido de allí, pero en la cabaña prisión ya no quedaba nadie y muchos campos estaban cubiertos de una fina malla.